

Capítulo 2 -La separación y la

Expiación.

Introducción

Este es el segundo movimiento en nuestra grandiosa y gloriosa sinfonía, y en muchos sentidos es notablemente único. Es el único capítulo de este tipo, en la medida en que presenta una visión general del sistema de pensamiento del Curso: el estado del Cielo; el desarrollo del sistema del ego; todos los errores dentro de ese sistema, que condujeron a la creación errónea del cuerpo sin mente; nuestros errores en los intentos mágicos de curar el cuerpo; el reconocimiento de nuestro error y la elección del milagro; y nuestro regreso a casa. Es una repetición de lo que discutimos en el Preludio, una descripción maravillosa a pesar de las incongruencias estilísticas, el lenguaje difícil, e ideas que no fluyen naturalmente entre sí debido a la eliminación del material destinado únicamente a Helen y Bill, como mencioné antes.

Otra característica única de este capítulo es que es el primero y, en algunos aspectos, probablemente la más importante discusión puntual en Un Curso de Milagros sobre el poder de la mente y la importancia de no depreciar ese poder. Es de destacar que esto llega a principios del dictado, donde Jesús expone para Helen y Bill, y para todos nosotros, el mensaje clave de su curso. Este tema, tan destacado en el presente capítulo, será revisado continuamente a lo largo de los capítulos restantes del texto. Como he mencionado en el Preludio, Jesús es como un maestro sinfonista que desarrolla hábilmente el tema central de su trabajo. Comienzo mi comentario revisando la tabla (ver Apéndice), destacando los temas enfatizados en este capítulo. Luego revisaré el cuadro nuevamente y elaboraré sobre estos temas en el contexto de pasajes en el capítulo.

Comenzamos en la cima, el mundo del Cielo. Más tarde, a Dios se le conoce como la Causa, y a Cristo, Su Hijo, como el Efecto. Sin embargo, también veremos que mientras Dios es la Primera Causa, Él es la única Causa; Él es el primero en la Santísima Trinidad, y Él es su único Miembro

(T-14.IV.1:7-8) La relación entre Causa y Efecto, Dios y Su Hijo, se expresa al comienzo del capítulo en la discusión de la extensión (creación), que es la "actividad" del Cielo. La naturaleza del amor se extiende, y esta extensión de Dios es Su creación – Cristo, Quien, teniendo la misma habilidad para crear como Su Padre, se extiende a Sí Mismo, y este efecto de Su creación se conoce como las creaciones de Cristo. La extensión del amor es un tema que se repite a lo largo de Un Curso de Milagros, pero el proceso está más allá nuestra capacidad de comprender.

La naturaleza del Cielo es la Unidad perfecta, en donde Dios y Cristo son Uno, siendo, por supuesto, Causa y Efecto. Los términos dualistas se usan solo para ayudarnos a comprender la naturaleza del Cielo, aunque como Jesús nos dice repetidamente, nunca podremos entenderla (ver, por ejemplo, T-25.I.5-7) La creación ocurre en una dimensión de la realidad que está totalmente más allá del tiempo y del espacio. De hecho, al ser la única realidad, no hay forma de que podamos entender realmente esta dinámica transmundana.

Lo que es interesante sobre el comienzo de este capítulo, especialmente en vista de cómo éste llegó originalmente a Helen – poniendo en evidencia las impurezas en la capacidad de escritura de Helen en ese momento – es que

Jesús usó la palabra proyección para describir tanto la actividad de Dios como la actividad de la mente dividida. Habló del uso "apropiado" e "inapropiado" de la proyección. Más tarde corrigió esto distinguiendo entre proyección y extensión. La primera estaba restringida a la dinámica del ego, y la última estaba reservada para Dios. En un capítulo posterior que habla del sueño, Jesús usa la extensión para describir la función curativa del Espíritu Santo. Podemos ver en el primer párrafo cómo Jesús enmienda su redacción anterior al hablar del "uso inapropiado de la extensión", que se refiere a cómo el ego abusa del verdadero poder de la mente. El capítulo comienza con lo que en el Capítulo 27 se conoce como la "diminuta y alocada idea" (T-27.VIII.6:2), el pensamiento de la separación de Dios. Este pensamiento puede entenderse como el Hijo que dice, en efecto: "Hay algo que me falta; hay una falta o escasez en el Cielo. Yo no soy la Primera Causa; no soy el Creador". Ese es el sentido original de carencia, aunque, por supuesto, la falta en el Cielo es imposible, ya que solo la abundancia, la totalidad y la integridad son reales. Es esta visión equivocada la que impulsa al Hijo de Dios a creer que le falta algo, y depende de él llenarlo porque Dios no lo hará. Esta es la génesis del sistema de pensamiento del ego, la creación del falso yo y, en última instancia, del universo físico. La idea de que algo anda mal y de que tenemos que hacer algo para remediarlo es lo que nos impulsa fuera del Cielo y a las manos del ego. Como lo indica el cuadro, cuándo pareció ocurrir este evento – y Un Curso de Milagros enfatiza en todo momento que la separación nunca sucedió realmente – esto estableció la mente dividida que contiene las voces del ego y del Espíritu Santo. El ego habla primero – alegremente, si no

extáticamente – sobre lo que se ha logrado: el Hijo ahora es autónomo y

libre. Y el Espíritu Santo parece no responder, como discutimos en el Preludio. Su falta de actitud defensiva es lo que se conoce como el principio

de Expiación; a saber, no hay nada que decir y nada contra lo que defenderse, porque no pasó nada.

Al Hijo no le gusta la respuesta del Espíritu Santo (o la aparente falta de

ella), elige el ego y comienza el sueño. El ego entonces busca defenderse de

una amenaza muy real, desde su punto de vista, la cual es que el Hijo de

Dios puede cambiar su mente. Pone en movimiento una serie de defensas,

comenzando con un mito retorcido que se puede resumir en tres palabras:

pecado, culpa y miedo. La separación ocurrió y fue bastante grave:

pecaminosa, merecedora de culpa, y que conduce al miedo de estar al borde

de la aniquilación porque Dios está enojado y busca castigarnos por nuestro

pecado. Si no hacemos algo muy rápido, Él nos destruirá. Este es el punto

central del mito del ego.

El ego luego le dice al Hijo: "Podemos escapar de la ira de Dios abandonando la mente y creando un mundo en el que nos podemos ocultar".

En nuestra tabla, todo en el cuadro de mente dividida (el ego o la mente

errada) es proyectado, haciendo su nuevo hogar en el mundo. Esto resulta

en experimentarnos a nosotros mismos ya no como mentes sino como cuerpos. Sin embargo, el cuerpo no es más que la idea de estar separado de

Dios. Hemos tomado forma en un mundo gobernado por los mismos principios y pensamientos que gobiernan la mente errada: pecado, culpa y

miedo. Esto significa que nos enfrentamos en el mundo y en el cuerpo con

el mismo problema serio que nosotros tenemos en nuestras mentes.

De

hecho, eso es el mundo: un gran problema. Es la culminación de la estrategia del ego para que existamos en un estado perpetuo sin mente, en el

que no tenemos memoria de que somos una mente, y no recordamos de

dónde provinieron ni el mundo ni el cuerpo. Todo lo que sabemos es que

somos cuerpos, y qué la raíz de nuestra atención son los problemas que

experimentamos en el mundo.

Una buena parte de este capítulo está dedicada a ayudarnos a comprender

cómo el milagro deshace la confusión de niveles – la mente y el cuerpo. El

problema del cuerpo es la escasez o la falta. Recuerda, la separación comenzó con la creencia de que al Hijo le faltaba algo, lo cual experimentamos tanto a nivel físico (oxígeno, comida, agua) y psicológico

(la necesidad de satisfacer nuestro especialismo a través de relaciones, un

tema que exploraremos en movimientos posteriores de nuestra sinfonía).

El ego nos dice que hay problemas que necesitan soluciones. Dado que los

problemas parecen existir en un nivel corporal, la solución a estos debe ser

también a nivel corporal. El nombre del curso para las soluciones a estos

pseudo-problemas es magia. Ahora veremos cómo la magia nos prueba que

el cuerpo es real y que está lleno de problemas, y que el mundo del cuerpo,

físico y psicológico, no contiene solo el problema sino también su solución.

Estas soluciones, por supuesto, nunca funcionan realmente, pues nuestro

dolor y molestias continúan; la ansiedad, el odio hacia uno mismo y la

culpa nunca desaparecen; y nuestras relaciones especiales con el cuerpo, el nuestro y el de los demás, al final nunca nos satisfacen. De hecho, nada de lo que hacemos puede aliviar la fuente real de la ansiedad, que es nuestra culpa, o, mejor dicho, nuestra decisión de ser culpables, porque esta decisión descansa en la mente, de la cual no tenemos conciencia. Finalmente, nos queda claro que como nada aquí funciona, debe haber algo más, "otra manera". Hay dos referencias específicas en este capítulo a esta experiencia de levantar las manos en desesperación, reconociendo que todo aquí falla al final y concluyendo que debe haber algo que, al contrario, sí funcionará, aunque no sepamos qué es esa otra cosa. Sin embargo, ahora estamos listos para ello, como si una puerta cerrada en nuestras mentes hubiera comenzado a abrirse. Una importante lección del libro de ejercicios dice que "El perdón es la llave de la felicidad" (L-pl.121). El perdón es la llave que abre la puerta cerrada, detrás de la cual está la mente - el hogar del problema y su respuesta. El milagro es el término del Curso para el proceso de regresar a la mente, reconociendo que el problema no está en el mundo de los cuerpos. De esta manera, nuestro nivel de confusión se deshace. Este, entonces, es el punto central del segundo capítulo. Como mencioné al principio, es notable en la medida en que ya que aborda estos temas centrales y discute también los errores que los estudiantes son propensos a cometer. El capítulo fue, nuevamente, originalmente destinado a Helen y Bill, pero casi todos los estudiantes de Un Curso de Milagros han caído en

la trampa de no saber qué hacer con el cuerpo y no saber qué hacer con su curación – los errores cometidos a ambos lados del espectro: negar el cuerpo o exaltarlo.

Ahora volvemos a la tabla para examinar varios pasajes que se elaboran sobre los temas que acabamos de considerar. Comenzamos en la cima con la unidad.

La Unidad.

(VII-6: 1-3) Debe observarse con especial atención que Dios tiene solamente un Hijo. Si todas las creaciones de Dios son Hijos Suyos, cada una de ellas tiene que ser parte integral de toda la Filiación. La Filiación en su Unicidad, trasciende la suma de sus partes.

Jesús parece estar contradiciéndose a sí mismo. Él dice que Dios tiene solamente un Hijo; sin embargo, él habla de Sus Hijos, una paradoja que

ocurre a lo largo del Curso. En verdad, solo hay un Hijo, ya que no hay separación o diferenciación en el Cielo. El libro de ejercicios dice que "no

hay ningún lugar en el que el Padre acabe y el Hijo comience como algo

separado" (L-pl.132.12:4). ¿Por qué entonces todas estas referencias a los

Hijos de Dios? Una respuesta explícita se da mucho más adelante en el texto, pero aquí encontramos una implícita. La explicación se centra en nuestra creencia de que existimos en el mundo con miles de millones de

otros Hijos. Es evidente cuando leemos Un Curso de Milagros que está escrito para el homo sapiens, pero también es evidente que el homo sapiens

no es la única parte de la Filiación. La Filiación abarca no solo lo que consideramos el homo sapiens o los organismos vivos, sino también todo lo

que parece tener forma. Esto incluye no solo el planeta tierra, nuestro sistema solar y galaxia, sino todas las galaxias. Como nosotros creemos que

en la Filiación de Dios somos muchos, gran parte del Curso está escrito en

ese nivel. Jesús nos dice que habla de esta manera porque es la única forma en que podemos entenderlo y relacionarnos con su mensaje; pero quiere que reconozcamos, al menos intelectualmente, que solo hay un Hijo, y que ese Hijo siempre ha existido tal como Dios lo creó - indiviso e indiferenciado.

Este es el estado del ser que viene antes de la separación, y nunca ha sido cambiado por la serie de fragmentaciones que parecieron ocurrir cuando la proyección del sistema de pensamiento del ego desde la mente tuvo lugar.

Sin embargo, el hecho es que Dios tiene un solo Hijo, Quien lo tiene todo porque es parte de Dios Quien es Todo. No hay vacío en Él, como leemos:

(I.1: 4-6) No existe vacuidad en ti. Debido a la semejanza que guardas con tu Creador eres creativo. Ningún hijo de Dios puede perder esa facultad, ya que es inherente a lo que él es, pero puede usarla de forma inadecuada al proyectar.

A medida que leemos el texto, queda claro que cuando Jesús usa la palabra creación o creatividad, él no se refiere a ninguna de las nociones del mundo.

Lo creativo es exclusivamente un aspecto de Dios y Su Hijo, Quienes se extienden en el amor. Por eso es tan difícil entender la naturaleza del Cielo.

Sin embargo, Jesús de vez en cuando describe la creación/extensión, como vemos aquí:

(I.2: 3-8) Todo lo que Él creó es semejante a Él. La extensión, tal como Dios la emprendió, es similar al resplandor interno que los Hijos del Padre han heredado de Él. Su verdadera fuente se encuentra en su interior. Esto es tan cierto con respecto al Padre como al Hijo. En este sentido la creación incluye tanto la creación del Hijo por Dios, como las creaciones del Hijo una vez que su mente ha sanado. Esto requiere el libre albedrío con el que Dios le dotó, ya que toda creación amorosa se

otorga libremente en una línea continua, en la que todos los aspectos tienen el mismo rango.

Una vez más, estas palabras no deben tomarse como literalmente verdaderas (la única declaración verdadera que uno podría hacer se encuentra en el libro de ejercicios: "Decimos "Dios es" y luego guardamos

silencio, pues en ese conocimiento las palabras carecen de sentido" [Lpl.169.5:4]), sino como metáforas que intentan describir lo que está más

allá de toda descripción. El "proceso" de creación dentro de la Unidad perfecta no tiene contrapartida aquí, entonces Jesús está obligado a usar

palabras y conceptos dualistas que solo pueden apuntar a la creación. Leemos que Cristo debe crear como Dios porque no están separados el Uno

del Otro. Porque su único espíritu – "una línea continua" – los une, lo que

es cierto para Uno debe ser cierto para el Otro.

Por cierto, encontramos aquí otro ejemplo más de la reinterpretación del

Curso de una de las ideas de la tradición Cristiana. El libre albedrío, una

piedra angular teológica que "explica" cómo ocurrió el pecado original (Dios dio el libre albedrío a Adán y Eva para elegir Su amor o rechazarlo)

está aquí (y en otros lugares; ver. T-30.II) y se usa para describir el estado

del Cielo, en el que la Voluntad del Hijo de Dios es libre de crear porque no

ha sido ni puede ser encarcelada por las grandiosas ilusiones de separación

y usurpación del ego.

Y luego, en medio de la Unidad perfecta, algo pareció suceder, aunque en

realidad nunca sucedió: la diminuta y alocada idea del Hijo de estar separado de su Creador y Fuente.

La "diminuta y alocada idea".

(I.1: 7-8) El uso inadecuado de la extensión – la proyección – tiene lugar cuando crees que existe en ti una carencia o vacuidad, y que puedes suplirla con tus propias ideas, en lugar de con la verdad. Este

proceso comprende los siguientes pasos: ...

Poco después de esto, la frase "el uso inapropiado de la extensión" desaparece, y "proyección" se usa casi exclusivamente para el ego, como mencioné anteriormente.

Los cuatro pasos que Jesús va a describir, realmente no son distintos, sino simplemente diferentes formas de describir al Hijo arrogante que cree que

Dios no hizo un trabajo lo suficientemente bueno en la creación, ya que

falta algo, y el Hijo puede suplir la falta que Dios no puede.

(I.1: 9) Primero: Crees que tu mente puede cambiar lo que Dios creó. En cierto nivel, estamos insatisfechos con lo que Dios creó; y no solo eso,

creemos que sabemos qué es lo que está mal y, por lo tanto, qué se debe

hacer al respecto. En otras palabras, nuestras mentes delirantes piensan que

tienen un poder más allá de la omnipotencia (T-29.VIII.6:2).

(I.1: 10) Segundo: Crees que lo que es perfecto puede volverse imperfecto o deficiente.

En su arrogancia, el ego cree que de alguna manera puede cambiar al Hijo

de Dios perfecto que Dios creó.

(I.1: 11) Tercero: Crees que puedes distorsionar las creaciones de Dios, incluido tú.

La creación de Dios, Cristo, es perfecta y totalmente Una dentro de sí misma y con Su Fuente. Cuando el ego cree que ha logrado la hazaña imposible de separarse de Dios, cree que ha distorsionado la creación de

Dios, a lo que el Curso se refiere como falsa creación. Este también es un

término que aparece a principios del texto, y es reemplazado por su sinónimo, fabricar. Más adelante en nuestra sinfonía, veremos esta distinción entre fabricar y crear, algo ya insinuado en los principios de los

milagros del Capítulo 1: el ego fabrica; el espíritu crea (T-1.I.12).

(I.1: 12) Cuarto: Crees que puedes ser tu propio creador y que estás a cargo de la dirección de tu propia creación.

Esta es otra forma de decir que creemos que podemos hacer lo imposible:

eliminar a Dios del cuadro y asumir Su papel de creador, mejorando Su pobre desempeño. Cerca del final del Capítulo 3 veremos una discusión sobre el importante término psicológico, el problema de autoridad, al que

Jesús da una dimensión mucho más grande que en el discurso común. Su

núcleo es el problema que tenemos con Dios, el cual responde la pregunta:

"¿Quién es el autor de mi realidad?" La respuesta del ego, por supuesto, es:

"Yo. ¡Yo soy el autor!" Esto inevitablemente crea un conflicto, en nuestras

mentes, con el verdadero Autor. Dios no sabe nada sobre esto, sin embargo,

creemos que estamos en guerra con Él, siendo el botín quien será el autor

final de nuestro yo. Esta es la raíz de todos los problemas de autoridad que

experimentamos en el mundo, un punto al que volveremos en el Capítulo 3.

(I.2: 1-2) Estas distorsiones [los cuatro pasos], relacionadas entre sí, son

un fiel reflejo de lo que ocurrió en la separación o "desvío hacia el miedo". Nada de eso existía antes de la separación, ni existe realmente

ahora.

Cuando Jesús dice "lo que ocurrió", no quiere decir que la separación realmente ocurrió, ya que él aclara en la siguiente oración: "Nada de esto

existía antes de la separación, ni existe realmente ahora". Recuerda esta

línea del manual que cité en el Preludio, en referencia a la separación: "En

el tiempo esto ocurrió hace mucho. En la realidad, nunca sucedió"

(M2.2:7-8). Ten en cuenta que esta declaración presenta ambos lados. Dentro

de la ilusión o el sueño, esto sucedió hace mucho tiempo; pero en la realidad que es más allá del sueño, nunca sucedió en absoluto. No hay

forma de conciliar esta paradoja, porque una vez que intentamos hacerlo, estamos diciendo que hay algo que debe ser reconciliado o resuelto – la verdad y la ilusión – lo que significa que hemos hecho real el mundo dualista de la separación. Inherente a la diminuta y alocada idea de estar separado de Dios está el pensamiento de escasez: algo está mal en el Cielo. La respuesta inmediata del Hijo es: "Sé lo que está mal y qué hacer al respecto". No es difícil reconocer esa misma dinámica que se desarrolla en la vida cotidiana, donde realmente creemos que conocemos los problemas – los nuestros o los del mundo. Algunos son mejores para identificarlos que otros, pero todos tienen alguna idea de la naturaleza de lo que está mal, desde los jefes de estado hasta los ciudadanos comunes. Incluso más absurdo desde el punto de vista de Un Curso de Milagros es que creemos que conocemos las soluciones. Toda esta grandiosidad simplemente refleja el conflicto de autoridad percibido entre Dios y el ego. Una vez que el ego cree que ha hecho lo imposible y comienza a crearse a sí mismo, o, más exacta-mente, a crear falsamente – como el sustituto del glorioso y majestuoso Ser creado por Dios, estableciendo así la división de la mente. El Capítulo 3 presenta los términos mente errada y mente correcta: la primera representa el sistema de pensamiento del ego, y la última el del Espíritu Santo. El Hijo se enfrenta a la elección de con qué voz o sistema de pensamiento se va a identificar: uno que le dice que la separación es real y que realmente ha ocurrido, resultando en su existencia como una entidad separada; o uno que dice con una sonrisa amable, a través del principio de Expiación: "nada ha sucedido". El Espíritu Santo, sin embargo, no hace "oficialmente" Su entrada a nuestra sinfonía hasta el

Capítulo 5.

El miedo a la Expiación.

Hay cuatro pasajes que apuntan a por qué el Hijo eligió el ego en lugar del

Espíritu Santo. Este tema es algo que hemos discutido brevemente y que

discutiremos en cada capítulo a continuación. Este importante tema no solo

es esencial comprenderlo teóricamente, sino para ver cómo la separación y

nuestro miedo concomitante a la Expiación se manifiesta en nuestra vida

cotidiana, y por qué, aunque podamos ser sinceros estudiantes de Un Curso

de Milagros o de cualquier otra espiritualidad, aún persistimos en elegir el

ego en lugar del Espíritu Santo:

(I.4: 6) Si de repente se enciende una luz cuando alguien está teniendo un sueño aterrador, puede que inicialmente interprete la luz como parte de su sueño y tenga miedo de ella.

Casi sesenta años antes de que estas palabras fueran escritas, Freud describió este fenómeno en La Interpretación de los Sueños. Explicó que

cuando estamos profundamente dormidos y queremos permanecer así, nosotros incorporamos a nuestros sueños cualquier estímulo externo que

ocurra y amenace con despertarnos – una luz encendida, un teléfono sonando, o incluso un estímulo corporal como una vejiga llena. No deseamos levantarnos, así que elegimos permanecer dormidos e incorporar

el estímulo externo al sueño. Es decir, lo que Freud llamó un "sueño de conveniencia", parte de la función del sueño de proteger nuestro dormir, y

es a lo que Jesús se refiere en este pasaje.

Sin embargo, Jesús no está hablando de nuestros sueños ordinarios de dormir, sino del de la separación, el sueño de una existencia aparte de Dios.

La luz de la Expiación se percibe como temerosa porque nos despertará del

sueño, extinguendo la "luz" de nuestra identidad especial. Nuestro miedo, por lo tanto, es despertar. El punto de Jesús aquí es que cuando nos enfrentamos a la luz que nos despertaría del sueño de separación, nos volvemos temerosos porque nos hemos identificado con el sueño. Aún más al punto, como nos hemos identificado con el "héroe" del sueño – el cuerpo (T-27.VIII) – queremos traer la luz de la Expiación al sueño. Veremos en una sección posterior, "Expiación sin sacrificio" (T-3.I), una referencia específica al intento del Cristianismo de cambiar la verdadera Expiación de Jesús por la expiación del ego con sacrificio, el núcleo de su sueño de culpa y miedo.

Estos primeros capítulos, una vez más, son verdaderamente notables. A pesar de no estar escritos claramente, como ya lo he indicado, contienen temas importantes que se desarrollarán más adelante. Uno de estos es esta tentación de traer la luz al sueño y hacer que forme parte de él. El núcleo del sueño individual es que el mundo es real y que nosotros, como individuos, somos reales dentro de él. En lugar de despertar del sueño al aceptar la Expiación – nuestra "única responsabilidad" – como veremos pronto, llevamos la Expiación al sueño. Esto toma la forma, por ejemplo, de tener a Dios involucrado en el mundo. La Biblia describe que nuestra Fuente no solo está activa en el sueño, sino que es la fuerza creadora del universo físico. Además, Sus representantes – Jesús, el Espíritu Santo y varias figuras santas – también están involucrados, ayudándonos o castigándonos por nuestros pecados. Desafortunadamente, los estudiantes de Un Curso de Milagros no están exentos de este error. Todos queremos mantener nuestros sueños de

individualidad y separación, e intentamos continuamente traer a Jesús o al Espíritu Santo al sueño, queriendo que Ellos resuelvan nuestros problemas aquí. Como veremos más adelante, Jesús señala un punto muy importante – al principio para Helen – de no pedirle que haga cosas por nosotros en el mundo; y más específicamente, no pedirle que nos quite nuestro miedo, lo último que querría que hiciéramos. Anticipando lo que discutiremos en breve, dice: “Deberías pedir ayuda para cambiar las condiciones que suscitaron al miedo”. Esta condición es la decisión de la mente de estar separada. Más que tratar de despertar del sueño del mundo corporal, tratamos de traer la luz de la verdad, que está fuera del sueño del mundo, al mundo, haciendo que nuestro ego esté seguro y preservando el sueño de la individualidad.

A medida que continuamos con este pasaje, vemos el problema: (I.4: 7-9) Sin embargo, cuando despierte, la percibirá correctamente como su liberación del sueño, al que dejará entonces de atribuir realidad. Esta liberación no se basa en ilusiones. El conocimiento que ilumina no sólo te libera, sino que también te muestra claramente que eres libre.

Este es el fundamento de todos los problemas: no queremos despertar del sueño. La parte de nuestras mentes que se identifican con el ego saben que, si escuchamos al Espíritu Santo, nos daremos cuenta de que no hay ningún problema, excepto nuestro deseo de permanecer dormidos y de estar separados. Es muy fácil, como todos sabemos, quedar atrapados en el sueño. Una vez allí, pensamos que el mundo es la fuente de nuestros problemas – sin recuerdos de cómo llegamos allí – y lo mejor que podemos hacer, especialmente si nos consideramos personas espirituales, es traer a

Dios aquí. No sabemos nada más, y ni siquiera sabemos que es un sueño.
Inevitablemente pensamos que ser espiritual significa pedirle ayuda a Dios aquí, orarle por ayuda aquí – ya sea en un nivel internacional para hacer frente a una guerra, hambruna o plaga, o, a nivel personal, para ayudar a nuestros cuerpos y los cuerpos de nuestros seres queridos. Durante este tiempo, todo lo que sucede es que el ego salta alegremente, porque nos ha atrapado una vez más. Así como un lado en una guerra intenta atrapar al enemigo, el objetivo del ego es atraparnos aquí. Uno de los mejores medios para asegurarnos de permanecer en el sueño es traer a Dios y Sus Agentes (Jesús y el Espíritu Santo) al mundo. Al hacerlo, el conocimiento que nos liberaría, preservado en la mente correcta como un recuerdo, se mantiene oculto en nuestro sueño.
Podemos ver cómo, al comienzo de la escritura del Curso, Jesús nos instruye enfáticamente de que no cometamos este error. Lo que realmente queremos, enfatiza, es despertar del sueño, no tener una vida más feliz.
(II.7: 1-5) La Expiación es un compromiso total. Puede que aún asocies esto con perder, equivocación ésta que todos los Hijos de Dios separados cometen de una u otra forma. Resulta difícil creer que una defensa que no puede atacar sea la mejor defensa. Eso es lo que se quiere decir con: “los mansos heredarán la tierra”. Literalmente se apoderarán de ella debido a su fortaleza.
El Espíritu Santo no ataca ni trata de demostrar que el ego está equivocado.
Él simplemente sonríe suavemente y dice: “No hay nada que corregir, porque no pasó nada. En Dios estás en tu hogar, soñando con el exilio” (ver

T-10.I.2:1). Sin embargo, asociamos locamente esta verdad con debilidad y pérdida. Desde el punto de vista del ego, es de hecho una pérdida, la pérdida grave de nuestra identidad y especialismo individual – uno u otro: las mentiras del ego o la verdad de la Expiación. Esto explica por qué como un Hijo elegimos el ego y por qué, dado que el tiempo lineal es una ilusión, seguimos cometiendo el mismo error. Todo lo que hacemos aquí es una sombra fragmentaria de la decisión original que dice: "No quiero perder mi yo". Sin embargo, nuestra mansedumbre radica en reconocer la debilidad del ego y la fortaleza de Cristo, otro tema que será discutido nuevamente más tarde.

Observamos nuevamente cuán a principios en nuestra sinfonía hay declaraciones claras de sus temas principales. Dado que es muy probable que se pierdan, se repiten una y otra vez. Una vez más, el texto se presenta como una sinfonía para ver cuán magistralmente está construida, con los mismos temas repetidos en formas multitudinarias y en diferentes contextos.

(V.1: 1-2) Antes de que los obradores de milagros estén listos para emprender su función en este mundo, es esencial que comprendan cabalmente el miedo que se le tiene a la liberación. De lo contrario, podrían fomentar inadvertidamente la creencia de que la liberación significa aprisionamiento, creencia que, de por sí, ya es muy prevaleciente.

Jesús se refiere a la liberación de nuestro aprisionamiento dentro del sistema de pensamiento del ego, pero habla acerca del miedo a la liberación. Todos tememos que, si seguimos a Jesús y escuchamos al Espíritu Santo, perderemos. Nosotros tememos ser aprisionados por Dios y perder nuestra libertad. Ese fue el llamado del ego a las armas al principio:

"No hay libertad en el Cielo, donde no eres libre de hacer o decir lo que

quieras. Ni siquiera puedes tener tus propios pensamientos, porque Dios es un tirano absoluto Que no tolerará ningún pensamiento aparte de los Suyos.

Tú te arriesgas a la destrucción si lo desobedeces".

Aunque esta es una fabricación total del ego, podemos ver las reverberaciones de este sistema delirante a través de la historia.

Valoramos la libertad, pero esto significa la libertad del cuerpo. A nadie realmente le importa libertad de la mente, la única libertad verdadera – sin la cual solo existe el aprisionamiento de ambos carcelero y prisionero. La verdadera libertad es liberarse de esta pesadilla de culpa, dolor, odio y muerte, y la clave para elegir esa libertad es darse cuenta de que es una elección. Ayudarnos a comprender nuestro poder para liberarnos de esta prisión es la función del milagro. No hace falta decir que esto no es un aprisionamiento externo, porque nadie nos puso aquí. Nuestras mentes tomadoras de decisiones nos aprisionaron, pero ahora podemos aprender por qué: nosotros creemos que la libertad está dentro de los barrotes de la prisión, sin darnos cuenta, por supuesto, de que el ego en sí es la prisión. Una sección posterior se titula "La diferencia entre aprisionamiento y libertad" (T-8.II).

Lo que realmente nos libera, dice el ego, es su sistema de pensamiento de separación, y lo que nos aprisiona es la libertad. Todos necesitamos una Voz que nos recuerde suavemente: "Lo que el ego te ha ofrecido no es libertad, sino prisión. Solo yo te ofrezco el regalo de la verdadera libertad. (V.7: 1) El aprendizaje que verdaderamente corrige comienza siempre con el despertar del espíritu y con el rechazo de la fe en la visión física. El rechazo de la fe en la visión física significa elegir la visión de Cristo, o lo

que el Capítulo 3 llama "verdadera percepción". Exploraremos este importante tema más adelante en nuestra sinfonía.

(V.7: 2) Esto frecuentemente entraña temor, ya que tienes miedo de lo que tu visión espiritual te mostraría.

La "visión espiritual" es una forma torpe de decir "visión", que es la expresión preferida. Tememos lo que nuestra visión espiritual nos mostraría

porque, mirando a través de los ojos de la Expiación, nos damos cuenta de

que esto es un sueño; lo que parece ser una devastación mundana no es más

que un fragmento sombrío de la devastación mental de la separación. Si

miramos esto con el Espíritu Santo, sería no solo el fin de la devastación,

sino el fin del ser especial e individualizado que creemos que somos, cuya

libertad creemos que nos hemos ganado.

En consecuencia, hay al menos estos cuatro lugares en el capítulo que hacen

hincapié en que tenemos miedo a la Expiación y a la liberación que nos trae. Porque tememos mirar a través de los ojos del Espíritu Santo y darnos

cuenta de que el problema no es externo (en el mundo) sino interno (en la

mente), y de que nuestros egos necesitan defenderse de esta amenaza del

poder de la mente tomadora de decisiones.

Defensas.

Como una forma de ayudar a Helen y Bill – psicólogos clínicos con orientación psicoanalítica, conserva-dores en sus creencias psicológicas –

Jesús usó teorías psicológicas y términos con los que estaban familiarizados, aunque reinterpretándolos. Hizo algo similar con la Biblia,

de donde tomó algunos pasajes particularmente horribles, como "los impíos

perecerán", y los reinterpretó, cambiando su contenido del miedo al amor.

De este modo, toma las palabras del ego y les da un significado diferente.

Esta es una expresión más elemental del principio que enuncia mucho más

tarde en "Tu función especial", donde describe cómo el Espíritu Santo puede usar lo que el ego hizo para hacer daño como un medio de curación

(por ejemplo, T-25.VI.4), transformando la relación especial en un aula en

la que aprendemos nuestra función especial del perdón. En cierto sentido,

Jesús hace lo mismo aquí, tomando términos psicológicos estándar y reinterpretándolos. Uno de los más importantes de éstos, es un aspecto

importante del trabajo de Freud, que son los mecanismos de defensa, lo que

lleva a Jesús a hablar sobre las defensas desde el punto de vista de la mentalidad-errada y el de la mentalidad-correcta. Primero, el ego:

El uso de las defensas del ego.

(III.1: 2-4) Desde la separación, las defensas se han usado casi exclusivamente para defenderse contra la Expiación y mantener así vigente la separación. Generalmente esto se manifiesta como una necesidad de proteger el cuerpo. Las múltiples fantasías corporales a las que las mentes se entregan proceden de la creencia distorsionada de

que el cuerpo puede usarse como un medio para alcanzar la "expiación".

En general, todo lo que hace el ego para garantizar que no elijamos la Expiación es una defensa. Él se da cuenta de que debe su existencia a la

mente tomadora de decisiones del Hijo de Dios que elige creer en él, y es

consciente de la amenaza que representa la capacidad del Hijo para cambiar

su decisión. Por lo tanto, erige rápidamente una serie de defensas para protegerse de la posibilidad de que el Hijo ejercite el poder de su mente

para cambiar su elección por la mentalidad-errada. El objetivo de esta estrategia defensiva es que el Hijo de Dios se convierta en un sin mente,

que no puede retener el conocimiento de que él es una mente. En lugar de conocerse a sí mismo como un pensamiento, el Hijo se percibe a sí mismo como un cuerpo, no regido por la mente sino por el órgano físico llamado cerebro. El ego alcanza esta meta al convencer primero al Hijo de que la mente es un lugar peligroso, lo que significa que el ego necesita motivar al Hijo a huir y nunca volver a ella. Como cualquier buen maestro, el ego sabe que el estudiante no aprenderá sin motivación. Jesús, por cierto, hace lo mismo, necesita motivar sus alumnos para aprender sus lecciones. Sin embargo, mientras nos motiva a través del amor, el ego usa el miedo y la enseñanza de que la separación es real al convencernos de que permanecer en la mente resultará en nuestra segura aniquilación. El ego rápidamente erige su primera línea de defensa, que hemos llamado la trinidad impía del pecado, la culpa, y el miedo. Es esencial recordar que esto está inventado, que no tiene realidad alguna. Este tema es claramente enunciado a lo largo del Curso, y continuaremos volviendo a él. Recordemos que el propósito del pecado, la culpa y el miedo es convencernos de que, si permanecemos en la mente, seremos destruidos. Hemos pecado contra Dios, estamos abrumados por la culpa y tememos que Dios nos destruya si permanecemos en la mente, donde encontrará el yo que le robamos. Este miedo a la ira de Dios, que es el origen de todo temor, nos motiva a dejar la mente y hacer nuestro hogar en el mundo de los cuerpos. La segunda línea de defensa, entonces, es el cuerpo, que nos protege de la

culpa en nuestras mentes, como la culpa nos protege de elegir la Expiación.

El gran regalo de Freud para el mundo fue explicar cómo funcionan las defensas. Si bien no entendió que las defensas eran en última instancia

contra la Expiación, él entendió su dinámica. Aún más, puso a la proyección en el mapa del mundo, sin la cual no tendríamos hoy Un Curso

de Milagros.

Pasamos ahora a la Expiación y al uso de la mentalidad-correcta de la negación:

El uso de la mentalidad-correcta de la negación.

El propósito de la línea de defensa del ego es el ataque, y para ocultar lo

que nos ha enseñado, necesitamos la defensa de pecado, culpa y miedo. La

Expiación es una defensa en virtud de decirnos que no hay nada contra lo

que debemos defendernos, nada de lo que necesitemos protección.

Para

repetir la hermosa frase, "en Dios estás en tu hogar, soñando con el exilio"

(T-10.I.2:1). Como defensa, la Expiación nos despierta del sueño de la culpa, permitiéndonos reconocer que no pasó nada. Sin embargo, el ego

trata de hacernos negar que somos culpables, que es lo que significa la represión. Hace que el error de la culpa sea real, y luego dice que no está en

nuestras mentes sino en las de otros. El uso de la negación del Espíritu Santo, por otro lado, no oculta nada. Simplemente niega la separación que

el ego afirma es la verdad:

(II.4: 1-3) La Expiación es la única defensa que no puede usarse destructivamente porque no es un recurso que tú mismo hayas inventado. El principio de la Expiación estaba en rigor mucho antes de que ésta comenzara. El principio era el amor y la Expiación fue un acto de amor.

Esta es una referencia a una declaración posterior que nos dice que la crucifixión no estableció la Expiación; fue la resurrección la que lo hizo (T3.I.1:2). El punto aquí es que el principio de Expiación surgió con la

separación, como su corrección, que en otra parte se describe metafóricamente como la creación por parte de Dios del Espíritu Santo como respuesta al sueño tenebroso de pecado del ego. El despertar de Jesús

de este sueño - "un acto de amor" - fue la expresión específica de este principio.

(II.4: 4-9) Antes de la separación los actos eran innecesarios porque no existía la creencia en el tiempo ni en el espacio. Fue solo después de la separación cuando se planearon la Expiación y las condiciones necesarias para su cumplimiento. Se necesitó entonces una defensa tan

espléndida que fuese imposible usarla indebidamente, aunque fuese posible rechazarla. Su rechazo, no obstante, no podía convertirla en un arma de ataque, que es la característica intrínseca de otras defensas.

La

Expiación, pues, resulta ser la única defensa que no es una espada de dos filos. Tan sólo puede sanar.

El ego es una espada de dos filos, porque la defensa que propone parece

salvarnos temporalmente, pero en realidad refuerza el mismo error que estaba destinada a proteger recordándonos que de hecho hay un problema

que requiere una defensa. En el Capítulo 17 leeremos: "Es esencial darse

cuenta de que todas las defensas dan lugar a lo que quieren defender" (T17.IV.7:1). Jesús contrasta dos tipos de negación o defensas. El ego hace

que la separación, el pecado y la culpa sean reales, y luego trata de protegernos de ellos. Pero la protección, que culmina con la creación del

mundo y el cuerpo, solo sirve para reforzar nuestra subyacente creencia en

la separación. Esta es la espada de dos filos. La defensa de la Expiación, por

otro lado, niega la negación de la verdad (T-12.II.1:5). El ego representa la

negación de la verdad, la verdad es que somos uno con Dios, y nada ha

cambiado ese hecho feliz. La negación de la verdad es que estamos separados. La Expiación, por su gentil y amorosa presencia como un

recuerdo en nuestra mente del Amor de Dios – un pensamiento al que volveremos – es el negar la negación de la verdad. Esa Presencia de Amor

en nuestra mente dormida nos dice que nunca lo destruimos; nunca nos

separamos del amor porque está dentro de nosotros.

Este es, entonces, el uso apropiado de la negación: negar el poder del ego

para cambiar la realidad o para quitarnos la paz de Dios – el principio de

Expiación. Por lo tanto, se nos enseña:

(II.1: 10-14) No hay error que pueda alterar esa paz en lo más mínimo.

Dicha paz no permite que nada que no proceda de Dios te afecte. Éste es el uso correcto de la negación. No se usa para ocultar nada, sino para

corregir un error. Lleva todos los errores ante la luz, y puesto que el error es lo mismo que la obscuridad, corrige todos los errores automáticamente.

Un tema importante en nuestra sinfonía es que esa corrección – es decir, el

milagro, el perdón, la Expiación – no hace nada. Solo des-hace. En otras

palabras, miramos el ego con Jesús y elegimos de nuevo. De hecho, una de

las definiciones operativas que podemos dar sobre el estar en la mente correcta es mirar la mente errada sin juicio. Comprender esto nos ayuda a

practicar la verdadera negación, mirar el ego y negar su verdad:

(II.2) La auténtica negación es un poderoso mecanismo protector.

Puedes y debes negar toda creencia de que el error puede hacerte daño.

Esta clase de negación no oculta sino que corrige. Tu mente recta depende de ella. Negar el error es una sólida defensa en favor de la verdad, pero negar la verdad da lugar a creaciones falsas: las proyecciones del ego. La negación del error, puesta al servicio de la mente recta, libera la mente y re-establece la libertad de la voluntad. Cuando la voluntad es realmente libre no puede crear falsamente porque sólo reconoce la verdad.

La verdadera negación se basa en el poder de la mente para elegir de nuevo.

Ve su elección equivocada y niega su valor. Esto permite que la mente reconsidere su decisión previa de crear falsamente – elegir contra Dios y Su creación – y luego elija de nuevo. Liberada del ego, la mente puede recordar su Ser como una extensión de la Voluntad amorosa y creadora de Dios. Como vimos en el Capítulo 1, este es el verdadero significado del libre albedrío: su libertad eterna para crear tal como Dios la creó para que hiciera.

Este próximo pasaje presagia otro tema importante, que también se desarrollará más adelante: ver el mundo como un aula o un medio que nos

ayudará a alcanzar el objetivo de recordar nuestra Identidad como el Hijo

de Dios. Llegamos a reconocer el propósito de mentalidad-correcta en todo

lo que hacemos, especialmente en nuestras relaciones. Aprendemos que la

única pregunta que se debe hacer sobre cualquier situación es "¿Para qué

sirve?" – ¿Dios o el ego, amor o miedo, verdad o error?

(II.3: 1-3) Puedes defender la verdad así como el error. Los medios son más fáciles de entender después de que se ha establecido firmemente el

valor del objetivo. Pero lo que hay que tener en cuenta es cuál es el valor del objetivo.

Reconocemos que el propósito del Espíritu Santo para nuestro cuerpo es

corregir el mal uso previo del ego, que era usarlo como un medio para reforzar la creencia en la separación y el ataque a través de nuestras relaciones especiales. Cuando la meta cambia de la culpa al perdón, todas

nuestras relaciones se vuelven santas, un tema principal que se considerará

en profundidad más adelante en nuestra sinfonía.

Finalmente, leemos sobre el milagro:

(V.14: 1-3) El milagro es siempre la negación de ese error y la afirmación de la verdad. Sólo la mentalidad recta puede corregir de

forma que sus efectos sean reales. De hecho, lo que no produce efectos reales en realidad no existe.

Esta última declaración hace eco del principio de Expiación de que la separación nunca ocurrió, y que, por lo tanto, el sistema de pensamiento y

el mundo que surgieron de él no existen. Esta verdad se refleja en nuestro

día a día, en la práctica diaria del perdón, la elección por el milagro que

deshace el error de creer en intereses separados en vez de en intereses compartidos.

El mundo y el cuerpo.

La segunda línea de defensa del ego es el mundo y el cuerpo. Al enraizar

nuestra atención en lo externo, el ego tiene una póliza de seguro adicional

contra nuestra mirada en la mente, protegiéndose aún más del poder de la

mente para elegir contra él y en favor del Espíritu Santo. Esta, nuevamente,

es la defensa de la falta de mente, que impide que el Hijo se vuelva consciente, lo que sería la mayor amenaza del ego. Para resumir la estrategia del ego, se protege de la mente al convencer al Hijo de su culpa, y

luego protege la culpa al convencer al Hijo de que es un cuerpo. Aún más,

la atención del Hijo se dirige exclusivamente hacia el cuerpo como fuente

de placer, lo que realmente significa evitar el dolor. Uno puede notar, dicho

sea de paso, que la definición de placer de Freud era realmente "reducción

de la tensión", una caracterización que Un Curso de Milagros respaldaría

sinceramente, en el sentido de que el placer del ego proviene de minimizar

la tensión dolorosa que nace de la culpa de la mente, la cual se logra al enfocar la atención en el cuerpo.

El ego – la parte de nosotros a la que le gusta ser nosotros – adora al cuerpo, llevando diariamente la culpa a su altar como el medio para cumplir su objetivo secundario de proteger la culpa de la mente. Esto a su vez cumple su principal objetivo de mantener al Hijo sin mente y sin su poder inherente para tomar decisiones fuera de la conciencia. De nuevo: (III.1: 2-4) Desde la separación, las defensas se han usado casi exclusivamente para defenderse contra la Expiación y mantener así vigente la separación. Generalmente esto se manifiesta como una necesidad de proteger el cuerpo. Las múltiples fantasías corporales a las que las mentes se entregan proceden de la creencia distorsionada de que el cuerpo puede usarse como un medio para alcanzar la “expiación”.

Uno de los medios favoritos del ego para expresar su necesidad de expiación es la enfermedad. Brevemente declarado aquí, y volveremos a esto más adelante, el ego razona así: dado que Dios exigirá castigo por nuestro pecado contra Él, castigo que inevitablemente significa nuestra destrucción, evitamos Su ira tomando la expiación por nuestros pecados en nuestras propias manos. En otras palabras, primero expiaremos enfermando nuestros cuerpos. Como el cuerpo es el equivalente de nuestra pecaminosidad al encarnar el pensamiento de separación de Dios, castigarlo satisfará la necesidad de venganza de Dios y así mantendremos la existencia del cuerpo (léase: del ego). Un cuerpo enfermo es uno de los principales medios del ego para distorsionar la verdad y distraernos de la fuente real del problema: la decisión de la mente por la culpa. Lo vimos brevemente en el Capítulo 1, y este tema se repite ahora en el Capítulo 2. La enfermedad.

(IV.2: 2) La enfermedad o “mentalidad-no-recta” es el resultado de una confusión de niveles, pues siempre comporta la creencia de que lo que

está mal en un nivel puede afectar adversamente a otro.
En nombre de Helen, pido disculpas por esa frase abominable,
"mentalidadno-recta". Recuerda que la audición no era perfectamente
clara a esta altura
del texto.

Lo que está "mal en un nivel", por supuesto, es la culpa de la mente,
que es
la verdadera enfermedad. Esto es lo que significa estar en nuestras
mentes
erradas - "la mentalidad-no-recta" - la cual creemos que tiene un
efecto en
el cuerpo. Claramente dentro del sueño lo tiene, porque los cuerpos se
enferman. Sin embargo, en verdad el cuerpo no existe. ¿Cómo,
entonces, lo
que no existe puede ser un efecto? Este es un concepto central para el
sistema de pensamiento de Un Curso de Milagros, y será discutido con
mucha mayor profundidad más adelante en el texto. El sueño de que
hay un
cuerpo es simplemente una proyección del pensamiento de la mente, y
dado
que solo la mente está enferma, no puede ser el cuerpo lo que es
curado.

¿Se puede curar lo que no está enfermo? Dado que el problema es la
decisión de elegir la culpa y la enfermedad, el remedio o la curación es
la
decisión de ser inocente; en otras palabras, la decisión de aceptar la
Expiación.

(IV.2: 3-4) Nos hemos referido a los milagros como un medio de
corregir la confusión de niveles, ya que todos los errores tienen que
corregirse en el mismo nivel en el que se originaron. Sólo la mente
puede errar.

Las implicaciones de esta afirmación de que "solo la mente puede
errar" son
tan enormes y aterradoras que los estudiantes fingen que nunca la han
leído.

Por eso es esencial entender cuán cuidadosamente el texto se
construye
pedagógicamente. El mismo material se presenta una y otra vez
porque

nuestro nivel de miedo es muy alto. La declaración anterior literalmente significa que no hay problemas ni errores aquí. Imagínense, por ejemplo, decirle eso a los gobiernos al borde de la guerra. El error está en la mente, que no tiene nada que ver con el cuerpo, porque nuestros errores aquí radican solo en cómo ven nuestras mentes los aparentes errores en el mundo: imaginarios o reales, merecedores de castigo o de corrección por parte del milagro.

(IV.2: 5-6) El cuerpo solo puede actuar equivocadamente cuando está respondiendo a un pensamiento falso. El cuerpo no puede crear y la creencia de que puede - error básico - da lugar a todos los síntomas físicos.

La creencia de que el cuerpo puede hacer algo es la creencia de que la culpa

ha hecho algo. La causa de todos los síntomas - físicos, psicológicos o en el

mundo en general - residen en la mente que cree que puede separarse de

Dios, que se ha separado de Dios y que está abrumada por la culpa sobre el

pensamiento que tiene de que ha atacado a Dios al hacer esto.

Podemos ver

cómo Jesús hábilmente nos lleva al perdón: la enseñanza central de su curso. Él está sentando las bases para la enseñanza de que el perdón no

tiene nada que ver con lo que sucede entre los cuerpos, ni con una persona

que piensa que alguien externo tiene que cambiar, hacer algo diferente o ser

perdonado. El perdón, o el milagro, es el nombre Un Curso de Milagros da

al proceso de deshacer la creencia del ego en la magia, nuestro próximo

tema.

Magia.

(IV.2: 7) Las enfermedades físicas implican la creencia en la magia.

La magia, como hemos visto, es un intento de resolver un problema donde no existe. La enfermedad física es la forma en que el ego trata de resolver el problema de la culpa de la mente al trasladarla al cuerpo. Este es el corazón de la importante lección del libro de ejercicios, "La enfermedad es una defensa contra la verdad" (L-pl.136). El miedo del ego es que la mente corrija su elección equivocada en favor de la ilusión al elegir la verdad, y entonces la enfermedad se convierte en una forma mágica del ego de resolver el problema de la mente errada. Una vez que el ego nos convence de que la mente es el problema, fabrica un cuerpo y luego hace que su enfermedad nos distraiga de donde realmente está el problema. Cuando nuestros cuerpos están enfermos o mal, la mente es lo último en lo que vamos a pensar, y mucho menos en querer cambiarla. Solo queremos aliviar los síntomas físicos o psicológicos. (IV.3: 1) Sólo la mente puede crear porque el espíritu ya fue creado, y el cuerpo es un recurso de aprendizaje al servicio de la mente. El uso de Jesús de la palabra crear en este pasaje difiere de su uso en otras partes del Curso, donde el término se limita más estrictamente al espíritu. Su punto aquí es que el cuerpo no hace nada; solo la mente "hace". Esto hace del cuerpo un recurso de aprendizaje para la mente. En la mente errada, el cuerpo es para aprender que la separación de Dios es real y que no somos responsables de ella, y a medida que nos enseñamos esto a nosotros mismos, se lo enseñamos también a todos los demás. En la mente correcta, el cuerpo es un aula en la que aprendemos que el problema que experimentamos en nuestros cuerpos, o en nuestras relaciones especiales,

no están ahí en absoluto. Más bien, son una proyección de problemas que hemos hecho reales en la mente. Como se nos enseña a lo largo de Un Curso de Milagros, el cuerpo es neutro, y sirve al propósito del ego o al del

Espíritu Santo (véase, por ejemplo, L-III.294 "Mi cuerpo es algo completamente neutro").

(IV.3: 2-7) Los recursos de aprendizaje no son lecciones en sí mismos. Su propósito es simple-mente facilitar el aprendizaje. Lo peor que puede ocurrir cuando se usan indebidamente es que no lo faciliten. De por sí, un recurso de aprendizaje no tiene poder para producir verdaderos errores en el aprendizaje. El cuerpo, si se le entiende correctamente, comparte la invulnerabilidad de la Expiación en lo que respecta a las defensas de doble filo. Ello es así no porque sea un milagro, sino porque, de por sí, no da lugar a interpretaciones falsas. El cuerpo no aprende; todo lo que hace es proporcionarnos un instrumento a

través del cual nuestras mentes puedan aprender. Esta es la primera declaración clara sobre este tema – el cuerpo simplemente hace lo que la

mente le dice que haga – el cual es el corazón del mensaje del Curso y se

repetirá a lo largo de nuestra sinfonía. Sin entender este principio, uno nunca podría entender el significado del perdón, y ciertamente no podrá

practicarlo. Nuestros disgustos no tienen nada que ver con lo externo, sino

solo con la decisión de la mente por el ego. Al servicio de la mente correcta,

el cuerpo es invulnerable porque se usa como un instrumento para despertarnos a nuestra verdadera invulnerabilidad como Hijo de Dios.

(IV.3: 8-13) El cuerpo es sencillamente parte de tu experiencia en el mundo físico. Se puede exagerar el valor de sus capacidades y con frecuencia se hace. Sin embargo, es casi imposible negar su existencia en este mundo. Los que lo hacen se dedican a una forma de negación particularmente inútil. El término “inútil” significa únicamente que no es necesario proteger a la mente negando lo no-mental. Si uno niega este desafortunado aspecto del poder de la mente, está negando también el poder mismo.

Estas son líneas importantes, ya que están destinadas a evitar que caigamos en el error de convertir al cuerpo en el problema. Somos propensos a creer que, si el cuerpo es una ilusión, involucrarse con él es algo pecaminoso e incorrecto. Después de todo, podemos concluir, que el cuerpo es lo que nos aleja del Amor de Dios. Esto puede conducir fácilmente al ascetismo, sin mencionar la negación, negando que el cuerpo tenga necesidades porque creo que el cuerpo es el problema. Inevitablemente, entonces, creeríamos que si pudiéramos matar de hambre al cuerpo y protegerlo de varias formas de "pecado" - materialismo, sexo, indulgencia alimentaria, alcohol u otras formas de adicción - seremos curados. Esto es lo que Jesús quiere decir al decir: "No es necesario proteger la mente negando lo no-mental [es decir, el cuerpo]". No está diciendo que no debemos practicar disciplina si somos adictos, porque la disciplina puede ser una expresión de la mentalidad correcta de cambiar el problema del cuerpo adicto a la mente adicta a la culpa - recuerda, el propósito lo es todo - pero él está diciendo que no deberíamos creer que la restricción de comportamiento por sí sola resolverá el problema en la imperfecta mente tomadora de decisiones. Una adicción, al final, no es algo químico ni tampoco nada físico, sino simplemente la atracción de la mente por la culpa. Resolver el problema en el nivel físico puede ser un paso útil para permitirnos volver al problema real, pero no puede deshacer la decisión de ser culpable, la cual sigue al deseo de ser un individuo único y especial. Cuando estamos en la mentalidad-correcta, ya no alimentaremos la proyección que protegía

nuestra culpa y la mantenía a salvo de ser deshecha y del cambio. Esta enseñanza es crucial. Jesús nos pide que no neguemos nuestra existencia física en este mundo – una "forma de negación particularmente inútil"; "inútil" porque no nos va a ayudar, y somos dignos de ser ayudados.

Como Hijo de Dios, merecemos ser ayudados a despertar del sueño, lo que significa que queremos ver el cuerpo como un recurso de aprendizaje, no como un símbolo de pecado o un pensamiento equivocado. Ahora elegimos usar el cuerpo como una forma de devolvemos al error en la mente. El cuerpo no es ni bueno ni malo, ni es santo ni impío, no está ni sano ni enfermo, no está ni vivo ni muerto. No es nada. Los estudiantes a menudo preguntan qué sucede cuando mueren, y si regresan al Cielo. La respuesta es que no pasa nada cuando mueren, porque nada sucede mientras están aquí, aparentemente vivos. Todo ocurre en la mente, que está fuera del tiempo y espacio y no está sujeta a las leyes corporales de vida y muerte, enfermedad y curación.

Un corolario de este error, que se abordará en los dos párrafos siguientes, es que, como el cuerpo es una ilusión y no es la fuente de la enfermedad, es un pecado ayudar al cuerpo. Ahí es cuando los estudiantes de Un Curso de Milagros pueden ser particularmente difíciles de tener cerca tuyo, ya que su actitud se convierte en: "Sé que tienes dolor y quieres que te lleve a la sala de emergencias, ¿pero no sabes que esto es una defensa contra la verdad"?

"Sé que tienes un dolor de cabeza desgarrador y que no puedes concentrarte en nada; pero ¿por qué no meditas y practicas el perdón? El dolor está en tu

mente. No tomes una aspirina o veas a un médico, porque eso hace que el error sea real".

Jesús parece estar de acuerdo:

(IV.4: 1-3) Todos los remedios materiales que aceptas como medicamento para los males corporales son re-afirmaciones de principios mágicos. Éste es el primer paso que nos conduce a la creencia de que el cuerpo es el causante de sus propias enfermedades. El segundo paso en falso es tratar de curarlo por medio de agentes nocreativos.

Lo que sea que sientas que ayudará a tu psique o a tu cuerpo físico – tomar

una píldora, ir al médico, comenzar una dieta – es realmente magia.

Pero

entonces Jesús dice:

(IV.4: 4-10) Esto no quiere decir, sin embargo, que el uso de tales agentes con propósitos correctivos sea censurable. A veces la enfermedad tiene tan aprisionada a la mente que temporalmente le impide a la persona tener acceso a la Expiación. En ese caso, tal vez sea

prudente usar un enfoque conciliatorio entre el cuerpo y la mente en el que a algo externo se le adjudica temporalmente la creencia de que puede curar. Esto se debe a que lo que menos puede ayudar al que no está en su mente recta o al enfermo es hacer algo que aumente su miedo. De por sí ya se encuentra en un estado debilitado debido a éste.

Exponerle prematuramente a un milagro podría precipitarle al pánico, lo cual es muy probable que ocurriese en aquellos casos en que la percepción invertida ha dado lugar a la creencia de que los milagros son algo temibles.

Este es el miedo a la liberación que hemos estado discutiendo.

Tememos la

luz que seguramente encontraríamos si volviésemos a la mente. Todos tememos esto, porque simplemente nacer en este mundo es una declaración

que dice que tenemos miedo, porque creemos que podemos escapar de la ira

de Dios y que Él no nos encontrará aquí. No solo eso, aún si Él nos encontrase, podremos culpar a otros por nuestra infelicidad. Esta es otra

razón por la que nos encanta tener figuras de autoridad:
eventualmente
encontramos sus faltas, entonces Dios los castigará a ellos en lugar de
a
nosotros.

Jesús nos dice a todos: "Por mi bien y por el tuyo, sé amable y gentil
con
tus hermanos que están tan locos como tú". Esto significa no atacarlos
con

este libro, lo cual, desafortunadamente, es una gran tentación para los
estudiantes del Curso. Olvidan que una de las características de un
maestro

avanzado de Dios es la mansedumbre (M-4.IV). Olvidando cómo ser
gentiles, usan la metafísica de Un Curso de Milagros como arma, en
lugar

de ser la base de la bondad del aprendizaje (y enseñanza) y la
comprensión.

Si hicieran ese cambio, se darían cuenta del miedo que ven en los
demás,

que los enferma y les hace usar magia para ayudar a sus cuerpos, es
el

mismo miedo que sienten. Nosotros sabemos lo que sienten porque no
estaríamos aquí si no lo supiéramos.

Por lo tanto, aquí al comienzo de su curso, Jesús nos insta a ser
amables –

con los demás y con nosotros mismos – cuando se usa magia.

Entendiendo

el término, reconoceríamos que cada respiración que tomamos
refuerza

nuestra creencia en la magia, afirmando que sin oxígeno moriríamos.

Cada

vez que nos sentamos a comer o bebemos, reafirmamos nuestra
creencia en

la magia. Un Curso de Milagros obviamente no defiende que los
estudiantes

dejen de respirar, comer o beber. De hecho, todo lo que creemos que
mantiene vivo al cuerpo, ya sea psicológica o físicamente, es magia.

En

consecuencia, ¿cuál es el problema con que alguien tome una aspirina
o

vaya al médico? La práctica mágica de negar la magia no nos hace débiles, pero protege la debilidad. Al negar lo inconsciente – por ejemplo, al negar que el cuerpo está enfermo y que necesita ayuda – creemos que estamos salvando nuestra identidad. Sin embargo, todo lo que realmente estamos haciendo es condenar aún más a la culpa, la debilidad inherente de la mente.

(IV.5) El valor de la Expiación no reside en la manera en que ésta se expresa. De hecho, si se usa acertadamente, será expresada inevitablemente en la forma en que le resulte más beneficiosa a aquel que la va a recibir. Esto quiere decir que para que un milagro sea lo más eficaz posible, tiene que ser expresado en un idioma que el que lo ha de recibir pueda entender sin miedo. Eso no significa que ése sea necesariamente el más alto nivel de comunicación de que dicha persona es capaz. Significa, no obstante, que ése es el más alto nivel de comunicación de que es capaz ahora. El propósito del milagro es elevar el nivel de comunicación, no reducirlo mediante un aumento del miedo.

No es útil atacar a las personas con la idea de que no son cuerpos. Si estuvieran listos para aceptar esto, de hecho, no estarían enfermos y no estarían en el mundo, ni experimentarían ansiedad, depresión, miedo o dolor. El mejor ejemplo de esto es Jesús y su curso. Como Un Curso de Milagros está escrito para aquellos que están enfermos y locos, él usa el

lenguaje de los enfermos y locos. Él habla de Dios como Padre porque eso

es lo que tiene sentido para nosotros, la única forma en que podemos escuchar a Dios sin un miedo abrumador. Su mensaje se expresa en el lenguaje dualista que podemos entender cómodamente, a pesar de que no es

el nivel más alto de lenguaje posible, lo que simplemente sería: "Dios es".

Jesús debería ser nuestro modelo para todo lo que hacemos con el Curso –

cómo interactuar con los demás y con nosotros mismos. Una vez más, no podemos curar la mente negando el cuerpo sin mente. Como hemos usado el cuerpo para ser algo sin amor, cruel y especial, antes de que podamos reconocer que no somos nuestros cuerpos, primero tenemos que aprender a usarlos con amabilidad y amor. Como veremos más adelante, no pasamos de las pesadillas a la realidad, sino de las pesadillas a los sueños amables.

Nuestras mentes correctas seguirán usando el lenguaje de los sueños, pero con un propósito amable.

Jesús reitera su punto en la siguiente sección:

(V.2) La magia es el uso insensato o mal-creativo de la mente. Los medicamentos físicos son una forma de “hechizo”, pero si tienes miedo de usar la mente para curar, no debes intentar hacerlo. El hecho mismo

de que tengas miedo hace que tu mente sea vulnerable a crear falsamente. Es probable, por lo tanto, que no entiendas correctamente cualquier curación que pudiera producirse, y puesto que el egocentrismo va normalmente acompañado de miedo, tal vez no puedas

aceptar la verdadera Fuente de la curación. En tal caso, es menos arriesgado depender temporalmente de artificios curativos físicos, ya que no puedes percibirlos erróneamente como tus propias creaciones. Mientras tu sensación de vulnerabilidad persista, no debes intentar obrar milagros.

Nuestra actitud hacia nosotros mismos, sin mencionar a los demás, debe

hacerse eco de Jesús. Esto significa que seguimos abiertos a escuchar el

miedo debajo de la fe de otro en la magia. Cuando el juicio del ego gobierna, solo el pecado es percibido. Sin embargo, cuando miramos a través de la visión o percepción verdadera de Jesús, sentimos el miedo, pero

lo acariciamos amablemente en lugar de condenarlo. Nadie en su mente

correcta elegiría la magia sobre el milagro, el amor especial sobre el amor verdadero, el conflicto sobre la paz. Sin embargo, tales elecciones no son hechas por malvadas personas pecaminosas, sino por aquellos atormentados por el temor de Dios, convencidos de su destrucción si Él alguna vez pusiese Sus manos sobre ellos. Piden el amor que no creen que merecen, el cual debe ser expresado en una forma que puedan aceptar sin miedo. Debido a que estas formas deben ser indirectas, Jesús habla de depender temporalmente de la magia hasta que se pueda aceptar el verdadero beneficio curativo del milagro.

El problema con el uso de la magia es que funciona, una experiencia que todos hemos tenido. Si tenemos hambre y sed, comemos y bebemos, y estamos satisfechos; si estamos solos, llamamos a un amigo y ya no nos sentimos solos; si tenemos dolor de cabeza, tomamos una aspirina y el dolor se va. Dado que Un Curso de Milagros no está diciendo que no deberíamos usar magia – casi todo aquí es una espada de dos filos, en el sentido de que puede servir al ego, así como el Espíritu Santo – Jesús nos advierte que no nos involucremos tanto con la magia que olvidemos que su verdadera utilidad radica solo en ayudarnos a volver a nuestras mentes de una manera amable y amorosa. Lo que nos motiva elegir a Jesús como nuestro maestro y su curso como nuestro camino es el dolor, la incomodidad de reconocer que la magia finalmente no funciona. Sin duda, si nos sentimos solos, un cuerpo cálido o palabras reconfortantes pueden ser útiles. Sin embargo, el alivio del dolor es temporal – alguien puede quedarse conmigo hoy, pero

¿qué pasa con mañana? Desayuno, pero a la una de la tarde tengo hambre otra vez. Hay algo inherentemente mal con este sistema, porque no sana.

Esta es la razón por la que Jesús dice:

(III.3: 5-7) La resistencia al dolor puede ser grande, pero no es ilimitada. A la larga, todo el mundo empieza a reconocer, por muy vagamente que sea, que tiene que haber un camino mejor. A medida que este reconocimiento se arraiga más, acaba por convertirse en un punto decisivo en la vida de cada persona.

Lo anterior refleja lo que sucedió esa tarde de primavera cuando Bill le habló a Helen sobre buscar otra manera de relacionarse con las personas, y

Helen aceptó ayudarlo a encontrarla. Mientras que el dolor y el sufrimiento

no es idea de Dios, ni de Jesús, ciertamente son nuestras. De hecho, simplemente estar exiliado del Cielo (aunque auto-exiliado) es bastante

doloroso, pero, aun así, la vida en el cuerpo parece impedir cualquier esperanza de regreso, porque la vida física en sí misma parece ser la fuente

de nuestro sufrimiento. Es solo cuando alcanzamos nuestros umbrales de

dolor que realmente nos motivamos a buscar y encontrar "un camino mejor". Por eso podemos decir que Un Curso de Milagros no es para aquellos que creen que sus vidas son cómodas. Más bien, es para aquellos

que ya no pueden tolerar su sufrimiento y han agotado su búsqueda y fe en

las diversas formas de magia del mundo. Levantando las manos con desesperación, gritan: "¿Hay otro maestro, otro sistema de pensamiento que pueda elegir?".

En caso de que perdiéramos su punto, Jesús lo repite dos secciones después:

(V.7: 8) La incomodidad se manifiesta únicamente para traer a la conciencia la necesidad de corrección.

Lo único que nos ayudará a elegir el Espíritu Santo en lugar del ego es reconocer que los métodos del ego no funcionan. Sin embargo, de ninguna

manera se debe tomar esto como una afirmación de la noción Católica de que el sufrimiento es un beso de Dios, como solía decir la Madre Teresa; que Dios quiere que suframos como expiación por nuestros pecados o para probar nuestra fe. Somos nosotros los que elegimos el sufrimiento porque elegir la culpa trae sufrimiento. Sin embargo, hemos enterrado nuestra culpa y no somos conscientes de que estamos sufriendo, o si lo somos, convertiremos seguramente sus causas en externas. "Por lo tanto", dice Jesús, "necesito que concientices tu sufrimiento, dándote cuenta de que nada aquí puede terminar con él. De esta manera, finalmente me pedirás ayuda, diciendo: 'Debe haber otra manera de ver mi vida y mis relaciones. No siempre puede ser culpa de otro, y no puede ser que yo sea un fracaso. Debe haber algo que no estoy viendo'". Esa es la invitación a recurrir a él por ayuda para cambiar nuestra percepción. Un elemento clave en este cambio es aprender que lo que está mal en nuestras relaciones, y de hecho con todo lo que experimentamos, es decisión de la mente, no de alguien o de algo más. Este tema central de Un Curso de Milagros es la esencia del perdón. Estas enseñanzas, por cierto, llegaron a principios de la escritura y originalmente estaban destinadas a Helen. Aunque Jesús continuamente le decía a Helen cosas específicas, como dónde comprar o encontrar un taxi, aquí en el comienzo del dictado, enfatizaba que pedir estos detalles ocultaba el propósito del Curso de reconectarnos con la mente que es la fuente de todos los problemas. No hace falta decir que Jesús quiso decir esto para

todos nosotros.

El poder de la mente: Causa y efecto.

(VI.2: 1) Yo no fomento la confusión de niveles; tú debes, no obstante, elegir corregirla.

Jesús habló sobre la confusión de niveles en el Capítulo 1, y él está diciendo

aquí que él no es quien ha confundido los niveles de mente y cuerpo.

Somos

nosotros quienes elegimos proyectar la culpa de la mente en el cuerpo, y

somos los únicos que podemos revertir la proyección – el papel del milagro.

Jesús nos dice a nosotros: "No puedo hacerlo por ti, pero puedo ayudarte a

hacerlo". Además, aborda nuestra confusión, y deliberadamente dice:

(VI.2: 2-5) Tú no justificarías un comportamiento demente por tu parte diciendo que no pudiste evitarlo. ¿Por qué, entonces, condonas pensamientos dementes? Hay una confusión en esto que te convendría examinar detenidamente. Tal vez creas que eres responsable de lo que haces, pero no de lo que piensas.

Después de todo, si no sabemos que tenemos una mente, ¿cómo podemos

ser responsables de sus pensamientos? Además, incluso creemos que no

tenemos control sobre los pensamientos, los cuales creemos que se originan

en nuestro cerebro. Ellos solo parecen aparecer, sin querer.

(VI.2: 6-7) La verdad es que eres responsable de lo que piensas porque es solamente en ese nivel donde puedes ejercer tu poder de decisión.

Tus acciones son el resultado de tus pensamientos.

Jesús resuelve la confusión por nosotros. El problema no es lo que el cuerpo

hace o siente, sino la decisión de la mente de pensar con el ego en lugar de

con el Espíritu Santo, el único nivel significativo de decisión. Mientras la

distinción aún no se ha tomado entre la mente y el cerebro, irá quedando

claro a medida que continuamos nuestro viaje sinfónico, que el cerebro no

piensa en absoluto. Este error se señala explícita-mente en el libro de ejercicios: "Crees también que el cerebro puede pensar. Si comprendieses la naturaleza del pensamiento, no podrías por menos que reírte de esta idea tan descabellada" (L-pl.92.2:1-2). El cerebro no piensa más que los ojos ven o los oídos oyen. Todos los aspectos del cuerpo cumplen los deseos de la mente, ya sean pensamientos del ego o del Espíritu Santo.

(VI.2: 8-10) No puedes separarte de la verdad "otorgándole" autonomía al comportamiento. Este lo controlo yo automáticamente tan pronto como pongas tu pensamiento bajo mi dirección. Siempre que tienes miedo es señal inequívoca de que le has permitido a tu mente crear falsamente y de que no me has permitido guiarla.

En estos primeros escritos, Jesús enfatizaba a Helen (y a Bill) la importancia de recurrir a él por ayuda. Este era un aspecto esencial de su entrenamiento personal para ella. De hecho, el sistema de pensamiento del ego comenzó con la decisión del Hijo de escuchar al ego en lugar de al Espíritu Santo – tomando a la diminuta y alocada idea seriamente en lugar de recordar reírse de su tontería (T-27.VIII.6:2) – y este original (y único) error se repite a lo largo de nuestras vidas. Felizmente, el error se deshace cada vez que elegimos a Jesús como nuestro maestro en lugar de al ego. Él continúa:

(VI.1: 3-8) Mi control puede hacerse cargo de todo lo que no es importante, mientras que, si así lo decides, mi asesoramiento puede dirigir todo lo que sí lo es. Yo no puedo controlar el miedo, pero éste puede ser auto-controlado. Tu miedo me impide darte mi control. La presencia del miedo indica que has elevado pensamientos corporales al nivel de la mente. Eso los pone fuera de mi control y te hace sentir personalmente responsable de ellos, lo cual es una obvia confusión de niveles.

La decisión en favor de Jesús es también la decisión de volver a nuestras

mentes, ya que ese es el significado de pedir su ayuda. La ayuda del ego siempre implica cambiar el enfoque hacia el cuerpo. De hecho, el ego bendice nuestro "pedido de ayuda" hacia cosas externas, por eso en estas primeras páginas Jesús continuamente deshace la confusión entre mente y cuerpo, pensamiento y comportamiento. El pasaje anterior hace este punto en el contexto de "darle" nuestro ego, dándole así control sobre él, permitiendo que su amor y sabiduría guíen nuestro comportamiento. Este principio establece para nosotros el significado de acudir a él en busca de ayuda: traerle los pensamientos del ego, lo que luego se describe como llevar la oscuridad de nuestras ilusiones a la luz de su verdad, otro tema central. Tal práctica es nuestra responsabilidad, y es el por qué Jesús habla sobre que el miedo puede ser "auto-controlado". Debemos aceptar la responsabilidad de haber elegido el miedo del ego sobre el Amor del Espíritu Santo; solo entonces puede ayudarnos a corregir nuestro error. Insistir en la ayuda de Jesús con lo externo, asegura que la decisión errónea de la mente nunca cambiará, por lo que nos dice nuevamente: (VI.3: 1-5) De nada sirve pensar que controlando los resultados de cualquier pensamiento falso se pueda producir una curación. Cada vez que tienes miedo es porque has tomado una decisión equivocada. Ésa es la razón por la que te sientes responsable de ello. Tienes que cambiar de mentalidad, no de comportamiento, y eso es cuestión de que estés dispuesto a hacerlo. No necesitas orientación alguna excepto a nivel mental. Una vez más, estas declaraciones de vital importancia tenían el propósito original de corregir a Helen y Bill mediante estas enseñanzas de Jesús. Él estaba tratando de moverlos de su enfoque en los detalles a su necesidad de

orientación a nivel mental. También estaba presentando el tema esencial de causa y efecto. Como es la causa la que necesitamos deshacer, no el efecto, se nos insta a no tratar de controlar el resultado del pensamiento erróneo (comportamiento), sino de nuestra elección equivocada (en la mente). Esto es una cuestión de nuestro deseo de cambiar nuestra elección equivocada, y es aquí donde necesitamos ayuda. Es extraordinario cuando nosotros releemos pasajes como estos después de haber leído el texto, y darnos cuenta de que Jesús estaba diciendo esto directamente en el comienzo.

"¿Cómo es que no lo vi?" nos exclamamos a nosotros mismos mientras leemos: "Tienes cambiar de mentalidad, no de comportamiento ... No necesitas orientación alguna excepto a nivel mental". La mayoría de los estudiantes están familiarizados con la línea citada anteriormente que viene más adelante en el texto: "No trates, por lo tanto, de cambiar el mundo, sino elige más bien cambiar de mentalidad acerca de él" (T-21.in.1:7). No se trata de proteger a los sin mente (el cuerpo) al negar nuestro comportamiento. Como vimos, Jesús también le dejó claro a Helen que no estaba en contra de la disciplina, lo que de hecho puede ser útil temporalmente. Si somos alcohólicos, por ejemplo, es muy simple: no debemos beber. Por otro lado, necesitamos estar atentos a tratar de probar que no somos cuerpos al decir que podemos beber lo que queramos.

Jesús no está en contra de la abstinencia cuando hay una obsesión o adicción de algún tipo. El simplemente está enseñando que abstenerse de una sustancia o comportamiento no va a curar la mente de su decisión equivocada por la culpa, aunque puede ser un paso útil para deshacerla. Él dice, además: (VI.3: 6-4: 1) La corrección debe llevarse a cabo únicamente en el nivel

en que es posible el cambio. El cambio no tiene ningún sentido en el nivel de los síntomas donde no puede producir resultados.

Deshacer el miedo es tu responsabilidad.

Jesús nos está enseñando qué significa realmente pedirle ayuda, que es lo

que hace que este capítulo sea tan importante. Como la lección se perdió tan

fácilmente, la repitió muchos años después en El Canto de la Oración.

Ha

sido tentador para los estudiantes pensar que la oración, o que pedirle al

Espíritu Santo, significa pedir cosas o alivio del dolor – en el mundo de la

forma o de los efectos – a pesar de las claras declaraciones en sentido contrario, tal como las encontramos aquí. Él nos enseña: "No es mi responsabilidad liberarte del miedo, sino la tuya, ya que tú lo has puesto

ahí. Si bien no puedo elegir el ego que tú has elegido, puedo recordarte tu

necesidad de elegir de nuevo".

(VI.4: 2-4) Cuando pides que se te libere del miedo, estás implicando que no lo es. En lugar de ello, deberías pedir ayuda para cambiar las condiciones que lo suscitaron. Esas condiciones siempre entrañan el estar dispuesto a permanecer separado.

Jesús regresa al poder de la mente tomadora de decisiones que eligió el ego.

Si no reconocemos y respetemos el poder de nuestras mentes para elegir

incorrectamente, no podremos recurrir a ese poder para corregir nuestro

error. De ahí la estrategia del ego para hacer el mundo y el cuerpo: nos volveríamos tan absortos en nuestras vidas corporales que nunca recordaríamos el poder de la mente para elegir en favor o en contra del ego.

Dado que no tendría sentido usar el poder de la mente para crear el mundo

erróneamente, con sus numerosos problemas, nunca podríamos asumir la

responsabilidad de nuestras propias vidas.

De hecho, hay un propósito detrás de la locura del ego: si no reconocemos el poder de nuestras mentes, no hay forma de ejercer ese mismo poder para corregir nuestras creaciones erróneas. Todo este curso se basa en este pensamiento, ya que, con tal comprensión, no nos quedaríamos atrapados en tratar de cambiar el mundo sin primero cambiar la mente. Nuevamente, esto no significa que no debemos hacer cosas en nuestro mundo personal o en el mundo en general, pero sí significa que no debemos hacer nada sin cambiar primero nuestras mentes. Nuevamente, si no cambiamos la mente tomadora de decisiones defectuosas, estamos actuando desde el ego, y luego, todo lo que hacemos, por brillante y amoroso que parezca ser en la forma, será tan odioso como los actos de un asesino en masa, ya que procederemos de un pensamiento de odio que dice: "He usurpado el lugar de Dios y estoy orgulloso y contento de haberlo hecho. Me alegraré aún más cuando pueda convencer a Dios de que es a ti a quien debe castigar en lugar de a mí". Jesús nos ruega que le pidamos su ayuda para corregir la condición que provocó el miedo: la decisión de la mente de estar separada, incluso cuando la causa externa del miedo parece tan evidente. (VI.4: 5) A ese nivel tú puedes evitarlo. Quizás no podamos hacer nada sobre nuestras situaciones externas. Si estuviéramos en un campo de exterminio, por ejemplo, hay muy poco que pudiéramos hacer conductualmente para liberarnos. Sin embargo, en el nivel mental podemos elegir ver la situación de manera diferente y estar en paz, sin miedo.

(VI.4: 6) Eres demasiado tolerante con las divagaciones de tu mente, y condonas pasivamente sus creaciones falsas.

La frase divagaciones de tu mente se refiere a que nuestras mentes vagan

por el país lejano del mundo, junto con todos sus problemas. Jesús le está

diciendo a Helen y a todos nosotros: "Eres demasiado tolerante con tus proyecciones - las creaciones erróneas de la mente - y estás dispuesto a

aceptar estos vagabundos como válidos, en lugar de volver a la mente que

es la fuente de todos tus problemas".

(VI.4: 7-8) El resultado particular no importa; lo que importa es el error fundamental. La corrección es siempre la misma.

Esto hace eco del primer principio de los milagros, que no hay grados de

dificultad entre ellos. Son todos iguales porque todos los problemas son

iguales. Como Jesús dice anteriormente en este capítulo:

(I.5: 1-5) Sean cuales sean las mentiras que te hayas creído, para el milagro son irrelevantes, pues puede sanar cualquiera de ellas con la misma facilidad. El milagro no hace distinciones entre diferentes percepciones falsas. Su única finalidad es distinguir entre la verdad por un lado y el error por otro. Algunos milagros pueden parecer más difíciles de obrar que otros, pero no te olvides del primer principio de este curso: no hay grados de dificultad en los milagros.

Una ilusión es una ilusión es una ilusión - una ilusión o mil no hace ninguna diferencia - y nunca podrá no ser lo que es, o mejor, ser lo que no

es. Jesús luego agrega:

(IV.1: 6) Es irrelevante a qué clase de error se aplique la Expiación.

Todos los errores son expresiones de miedo, y la Expiación o el milagro deshacen el miedo deshaciendo su causa. Como cada problema es el mismo,

la corrección también es la misma. Con la ayuda de Jesús vamos a la mente

que tomó la decisión equivocada y elegimos de nuevo. Y este es el milagro,

Expiación, perdón, curación y salvación - términos diferentes para el mismo proceso de deshacer la estrategia del ego de falta de mente,

volviendo nuestra atención a la mente tomadora de decisiones, la fuente del problema y su solución. Dado este cambio hacia la mentalidad-correcta, no podemos evitar caminar por el mundo en la presencia perfecta del amor, seguros en su impermeabilidad a toda ilusión:

(I.5: 6-12) En realidad eres perfectamente invulnerable a toda expresión de falta de amor. Estas expresiones pueden proceder de ti o de otros, de ti hacia otros, o de otros hacia ti. La paz es un atributo que se encuentra en ti. No puedes hallarla fuera de ti mismo. La enfermedad es una forma de búsqueda externa. La salud es paz interior. La paz te permite mantenerte ecuánime ante cualquier falta de amor procedente de afuera, y te capacita, mediante tu aceptación de los milagros, para corregir las condiciones que resultan de la falta de amor en los demás.

Esto refleja los beneficios prácticos para nosotros de la metafísica nodualista del Curso, y por qué los dos nunca debe separarse. Si nos enfocamos solo en el mundo y en los cuerpos ilusorios, caemos presas de la estrategia del ego de ignorar los pequeños pasos del perdón que Dios nos pide para poder llegar hasta Él (L-pl.193.13:7). Si le negamos a Jesús los medios del perdón que necesita para llevarnos a casa, nunca despertaremos del sueño del ego, su propósito final. Sin embargo, si nos centramos solo en el cuerpo y sus problemas percibidos de enfermedad e injusticia, sin reconocer su papel como defensas en la estrategia del ego para mantenernos sin mente, caemos aún más profundamente en el pantano de culpa y miedo del ego. El milagro es la dinámica que integra a los dos, respetando nuestra experiencia devastadora del mundo, pero también nos lleva al poder de

nuestras mentes para elegir la ilusión. El libro de ejercicios enfatiza: "Un milagro es una corrección. ... Simplemente contempla la devastación y le recuerda a la mente que lo que ve es falso" (L-pII.13.1:1,3). Una vez que nos hemos restablecido a la mente correcta, podemos demostrar nuestra decisión correcta para otros que han sido culpables del mismo "pecado" de elegir contra el amor. Volveremos a menudo a este aspecto importante del perdón. Al volver a la mente correcta, la fuente de nuestra salud, estamos protegidos de cualquier ataque ("expresiones de falta de amor"), no en el cuerpo, sino en la mente donde nuestra paz no se ve afectada ni sacudida por la ilusión.

Volvamos ahora al tema de preguntarle primero a Jesús: (VI.4: 9-10) Antes de decidir hacer algo, pregúntame si tu elección está de acuerdo con la mía. Si estás seguro de que lo está, no tendrás miedo. Jesús no dice que no hagamos cosas en el mundo; él simplemente quiere que lo consultemos con él primero. Nuestra decisión de hacer lo contrario es la única causa de miedo, ya que recrea el instante ontológico cuando elegimos en contra de Dios, la creencia del ego en el pecado que es la principal fuente de miedo.

El siguiente párrafo hace el mismo punto de una manera diferente. Debería ser evidente, incluso ahora en estos primeros movimientos de nuestra sinfonía, cuán importante es este tema para el Curso y cuán esencial es entender la distinción crucial entre mente y cuerpo, pensamiento y comportamiento. Muy simple, Jesús no puede ayudarnos si confundimos estos niveles, lo cual es, por supuesto, lo que hacemos continuamente. La enseñanza continúa: (VI.5: 1-3) El miedo es siempre un signo de tensión que surge cuando

hay conflicto entre lo que deseas y lo que haces. Esta situación se presenta de dos maneras: Primera, puedes elegir cosas conflictivas, ya sea simultánea o sucesivamente. Esto da lugar a un comportamiento conflictivo, lo cual te resulta intolerable porque la parte de la mente que quiere hacer otra cosa se enfurece.

En esta primera instancia, nos encontramos en un comportamiento contradictorio; en un momento, por ejemplo, trabajando duro para completar una tarea, y en el siguiente, sabotando el trabajo cometiendo

errores, cayendo dormidos o estando distraídos. Tal comportamiento mutuamente excluyente es producto de la resistencia de la mente, que, al ser

inconsciente, no se controla, e inevitablemente resulta en conflicto y en un comportamiento de auto-defensa.

(VI.5: 4-5) Segunda, puedes comportarte de acuerdo a como crees que debes, más sin querer hacerlo realmente. Esto da lugar a un comportamiento congruente, pero conlleva gran tensión.

La segunda situación implica un conflicto más directo con la mente, ya que

nuestro comportamiento expresa un pensamiento, mientras que la mente se

opone claramente a él. La relación de amor especial, que se examinará más

adelante en profundidad a medida que desarrollamos nuestro retrato sinfónico del texto, es un excelente ejemplo de este conflicto. Aquí nuestro

comportamiento amoroso hacia otro desmiente el resentimiento subyacente

sobre la dependencia de lo que esta persona especial puede hacer para

satisfacer nuestras necesidades especiales. El "amor", junto con sus protestas, simplemente oculta la necesidad que nos llevó a la relación en

primer lugar. El comentario de la Reina en Hamlet me viene a la mente a

este respecto: "La dama protesta demasiado, me parece". La tensión de este

conflicto casi siempre se atribuye a factores externos, mientras que la

verdadera causa, la decisión equivocada de la mente, permanece oculta y sin curar. El siguiente pasaje describe las desafortunadas consecuencias de este conflicto:

(VI.5: 6-10) En ambos casos, la mente y el comportamiento están en desacuerdo, lo cual da lugar a una situación en la que estás haciendo algo que realmente no quieres hacer. Esto suscita una sensación de coerción que normalmente produce furia, y es muy probable que también dé lugar a proyecciones. Siempre que tienes miedo, es porque aún estás indeciso. Tu mente se encuentra, por lo tanto, dividida y tu comportamiento inevitablemente se vuelve errático. La corrección a nivel del comportamiento puede cambiar el error del primer tipo al segundo, más no elimina el miedo.

Dado nuestro desconocimiento de la verdadera fuente de conflicto y tensión, la proyección es inevitable. La implicación aquí, aunque lógicamente no se desprende de la declaración anterior, es que cualquier

sentimiento de ira o furia son el resultado de la proyección de un conflicto

interno. De ninguna manera, por lo tanto, este conflicto puede ser resuelto

cambiando el comportamiento. En el mejor de los casos, dicha corrección

puede traer el problema a la mente, pero nuestro tomador de decisiones aún

debe mirar la culpa y el miedo y elegir en contra de ellos.

El siguiente párrafo resalta la importancia de nuestra elección inequívoca

por el Espíritu Santo:

(VI.6) Es imposible alcanzar un estado en el que dejas que yo guíe tu mente sin ningún esfuerzo consciente por tu parte, más ello requiere un

grado de buena voluntad que tú aún no posees. El Espíritu Santo no puede pedirte que hagas más de lo que estás dispuesto a hacer. La fuerza para hacer lo que Él te pide procede de una firme resolución por tu parte. Hacer la Voluntad de Dios no produce ninguna tensión una vez que reconoces que Su Voluntad es también la tuya. La lección en este caso es muy sencilla, aunque muy fácil de pasar por alto. Voy, por lo tanto, a repetirla, y te exhorto a que escuches atentamente. Sólo tu

mente puede producir miedo. Hace eso cada vez que está en conflicto con respecto a lo que quiere, lo cual inevitablemente produce tensión, ya que existen discrepancias entre lo que quiere y lo que hace al respecto. Eso sólo puede corregirse aceptando un objetivo unificado. Necesitamos desarrollar nuestra capacidad debilitada de elegir la mentalidad-correcta. Mientras practicamos nuestras lecciones diarias de perdón, podremos retirar cada vez más la identificación con el ego y su sistema de pensamiento de separación, culpa y ataque, e identificarnos en cambio con Jesús y sus enseñanzas. El conflicto debe terminar porque ya no estaremos en conflicto con nosotros mismos. Para facilitar este proceso de curación de la mente, debemos ser persuadidos de que nuestros problemas nunca son externos, sino proyecciones de un problema de conflicto interno, la verdadera fuente de todo conflicto. Iniciado en la mente, el conflicto allí debe terminar. Y entonces, Jesús insta a sus estudiantes a que no se sientan tentados a creer en las mentiras del ego y ni que se dejen distraer por problemas proyectados y sus respuestas. Luego nos explica los pasos de la verdadera corrección, que conduce a la curación de la mente:

(VI.7) El primer paso correctivo para deshacer el error es darse cuenta, antes que nada, de que todo conflicto es siempre una expresión de miedo. Dite a ti mismo que de alguna manera tienes que haber decidido no amar, ya que de otro modo el miedo no habría hacer presa en ti. A partir de ahí, todo el proceso correctivo se reduce a una serie de pasos pragmáticos dentro del proceso más amplio de aceptar que la Expiación es el remedio. Estos pasos pueden resumirse de la siguiente forma:

Reconoce en primer lugar que lo que estás experimentando es miedo.

El miedo procede de una falta de amor.

El único remedio para la falta de amor es el amor perfecto.

El amor perfecto es la Expiación.

Aunque es bastante primitivo en su declaración, en relación con los tratamientos más sofisticados del proceso que viene más adelante, el párrafo anterior describe la práctica del perdón, o cómo nos curamos del dolor. Nosotros reconocemos primero que el problema no es externo sino interno; nuestra experiencia de conflicto en el cuerpo es la proyección del miedo de la mente. Entonces reconocemos que el miedo proviene de una decisión de rechazar el amor, y su deshacimiento viene de corregir nuestro error, eligiendo el amor en lugar del miedo. Una vez que se toma la decisión correcta, el miedo y el conflicto desaparecen, y todo lo que queda es el amor que ambos tenemos y somos. Así, la Expiación, o proceso de deshacimiento, se completa. No hace falta decir que este proceso funciona para cualquier molestia, dolor o ansiedad, todo lo cual proviene de nuestra decisión de no amar. Esto significa que hemos elegido el ego y desterrado la conciencia de la Voz que habla por la Expiación. De esta manera, Jesús ha establecido el marco para el resto de su sinfonía.

(VI.9: 1-3) Todo el mundo experimenta miedo. Sin embargo, no se requeriría más que de una pequeña dosis de recto pensar para que uno pudiese darse cuenta de porqué se produce. Son muy pocos los que aprecian el verdadero poder de la mente, y nadie permanece totalmente consciente de él todo el tiempo. El único con esta conciencia es alguien en el mundo real – Jesús, por ejemplo – cuya mente está totalmente curada. Como nos dice en el manual, los ejemplos de este estado curado son tan raros que no se pueden considerar una meta realista (M-26.3). Su punto aquí, sin embargo, es que pocos aprecian el poder de la mente, y más específicamente, que su poder mal dirigido es la causa de todo miedo. Si deseamos estar sin miedo (o

cualquier otra fuente de incomodidad), debemos reconocer el poder de la

mente para elegir. Jesús continúa :

(VI.9: 4-8) No obstante, si esperas liberarte del miedo hay algunas cosas

que debes comprender, y comprender plenamente. La mente es muy poderosa y jamás pierde su fuerza creativa. Nunca duerme. Está creando continuamente. Es difícil reconocer la oleada de poder que resulta de la combinación de pensamiento y creencia, la cual puede literalmente mover montañas.

Nuevamente, Jesús no está usando creación como lo hace típicamente en el

Curso, sino en el sentido del poder de la mente dividida para identificarse

con la creación del amor o con la creación errónea del ego. De cualquier

manera, la mente literalmente hace el mundo que vemos y vivimos, y él nos

insta a no minimizar su poder. Ningún tema en Un Curso de Milagros es más importante.

(VI.9: 9-11) A primera vista parece arrogante creer que posees tal poder, más no es ésa la verdadera razón de que no lo creas. Prefieres creer que tus pensamientos no pueden ejercer ninguna influencia real porque de hecho tienes miedo de ellos. Eso puede mitigar la conciencia

de culpabilidad, pero a costa de percibir a la mente como impotente.

La gente suele decir: "¿Qué diferencia hay en lo que pienso?" Helen continuamente caía presa de este error, por eso este pasaje está aquí.

Su

comportamiento en muchos sentidos fue impecable. Ella era una de las personas socialmente más apropiadas que te gustaría conocer, pero sus

pensamientos eran con frecuencia bastante diferente. Siempre le preocupaba

su peso, por ejemplo. Cuando ella era mucho más joven, ella ganaba enormes cantidades de peso, se lo quitaba, lo volvía a ganar, se lo quitaba,

etc. De hecho, una vez terminó en el hospital, gravemente enferma, debido

a ese ciclo. En los años que la conocí, sin embargo, ciertamente no tenía sobrepeso, a pesar de que el peso consumía sus pensamientos. Solía decir ella que era la persona delgada más gorda que había conocido. Si te sentabas a comer con Helen, ella estaba allí en un momento tácito de silencio. Ella no estaba por decir algo gracioso, sino contando las calorías de lo que ella estaba a punto de comer. De hecho, su mente era una calculadora andante, y no creía que importara si ella siempre pensaba en la grasa, siempre y cuando ella no comiera grasa. Sin embargo, el problema básico de odio hacia sí misma de su mente (o culpa) permaneció. En otro nivel, con la excepción de los pocos con los que se sentía cómoda, Helen odiaba estar con personas, a pesar de que era amable con ellas. Y si en realidad no los odiaba, ciertamente estaba llena de juicios. Este es otro ejemplo del pensamiento que Jesús aborda: "Mientras no te diga lo que pienso de ti, estaré bien y no me sentiré culpable". Jesús le dice a Helen que esto no funciona. La culpa no proviene de lo que decimos o hacemos, sino de lo que pensamos. Cuando los políticos mienten – y todos mienten y saben que lo hacen, como todos – piensan que está bien porque el otro no lo sabe. Sin embargo, la verdad es que la culpa está presente cuando sabemos que no estamos diciendo la verdad. Nosotros pagamos muy caro por este tipo de pensamiento: "Eso puede mitigar la conciencia de culpabilidad, pero a costa de percibir a la mente como impotente". Si Jesús creyera en el pecado, esto sería todo, porque si no logramos entender, aceptar y respetar el poder de la mente, no hay esperanza de nunca poder estar libre del sueño.

Ese fue el gran error del Cristianismo, y el por qué rápidamente se convirtió en una religión mágica. Volveremos a este tema en el Capítulo 3. El punto aquí es que es el miedo del ego al poder de la mente para elegir lo que nos conduce a negar su poder y volverla impotente, preservando más allá de la corrección la decisión original por el ego.

Otra fuente de este miedo, aunque no se discute aquí, es que el ego nos dice que evitemos la mente, porque si accedemos a ella, solo usaremos mal nuestro poder y pecaremos nuevamente. Habiendo hecho primero el pecado real, el ego nos aconseja evitarla como la peste, por lo cual nuestra culpa nos convence de que es así.

Es extremadamente importante comprender el poder de la mente, incluso si en este momento no podemos cambiarla. Por ejemplo, si tomamos una píldora todos los días para aliviar los dolores de cabeza, al menos podemos ser conscientes de lo que estamos haciendo, siendo honestos con nosotros mismos y reconociendo: "Me doy cuenta de que este problema proviene de mi mente, pero todavía estoy demasiado asustado. Mi mente es tan poderosa que incluso puede negar su propio poder". Tener esta conciencia, ya sea que estemos lidiando con un dolor de cabeza o un cáncer, mantiene abierta la puerta de la curación. Además, al ser honestos, gentiles y pacientes con nosotros mismos, podemos ser honestos, gentiles y pacientes con otros.

(VI.9: 12-14) Si crees que lo que piensas no tiene ningún efecto, puede que dejes de tenerle miedo, pero es bastante improbable que le tengas respeto. No hay pensamientos fútiles. Todo pensamiento produce forma en algún nivel.

Si bien esta afirmación se refiere a todos los pensamientos, nos centraremos solo en los de mentalidad-errada – cómo estos tienen efectos, incluso si no los conocemos. El tema de que no hay pensamientos fútiles es algo destacado en el libro de ejercicios, especialmente en las primeras lecciones.

Si tenemos un pensa-miento, que en última instancia es un pensamiento en la culpa, lo proyectaremos. Sin embargo, siguiendo con el importante principio de que las ideas no abandonan su fuente, un motivo importante en nuestra sinfonía, la idea de culpa permanece en nuestras mentes, y quizás en un nivel de forma con el que no estamos relacionados en este momento.

Como el tiempo y el espacio son ilusorios, la realidad dentro del sueño es que hay muchas dimensiones. Algunos físicos nos dicen que hay mundos múltiples como este (universos paralelos). Así como podemos tener muchos sueños por la noche, podemos tener muchos sueños acerca de vivir en este mundo. Volveremos a este tema también, pero por ahora es útil recordar que descartamos la mente como impotente a nuestro propio riesgo. La proyección siempre sigue a tal descarte – es decir, negación o represión – y esto inevitablemente conduce a ataques contra nosotros mismos u otros.

En la siguiente sección, "Causa y efecto", vemos a Jesús repasando este mismo punto, sabiendo que nos lo hemos perdido la primera vez. (VII.1: 1-3) Puede que todavía te quejes de que tienes miedo, pero aun así sigues atemorizándote a ti mismo. He indicado ya que no puedes pedirme que te libere del miedo. Yo sé que no existe, pero tú no. Habiendo dicho esto a Helen, Jesús le dice nuevamente que no lo culpe por

su miedo, ni por no enviarlo lejos de ella. "Tú eres la que está fabricando el miedo", dice. Ciertamente no está intentando hacer que ella o nosotros sintamos culpables, sino que comparte gentilmente su sabiduría, esperando pacientemente nuestra aceptación de ella. Se va a necesitar mucho aprendizaje para aceptar que el miedo y el mundo que generamos son ilusorios.

(VII.1: 4-6) Si me interpusiese entre tus pensamientos y sus resultados, estaría interfiriendo en la ley básica de causa y efecto: la ley más fundamental que existe. De nada te serviría el que yo menos-preciase el poder de tu pensamiento. Ello se opondría directamente al propósito de este curso.

Si miramos la parte superior izquierda de la tabla, podemos ver que Jesús está hablando de la causa (la mente), y que los resultados (el miedo del

cuerpo) son el efecto, escrito en la parte inferior de esa columna. Este, nuevamente, es un capítulo maravilloso porque es muy claro. Jesús

establece para todos nosotros el propósito primario de su curso: enseñarnos

a respetar el poder del pensamiento de la mente. Al pedirle a Jesús que nos

consiga espacios de estacionamiento, que cure el cáncer, que logre la paz

mundial o que haga cualquier cosa en este mundo – trivial o importante – le

estamos pidiendo que altere la ley de causa y efecto, y que se deprecie, por

no mencionar el negar, el poder de nuestras mentes. ¿Por qué le pediríamos

esto en lugar de pedirle ayuda para abandonar este sueño?

Ciertamente no

es pecaminoso pedir estas cosas específicas, como nos dice al comienzo de

El Canto de la Oración, pero persistir en hacerlo nos mantiene en los

peldaños inferiores de la escalera. Jesús quiere en cambio, que lleguemos a la cima de la escalera, el mundo real, y luego más allá de él, al Cielo. Cuando comenzamos nuestro viaje sinfónico a través del texto, Jesús nos dijo que seamos claros sobre el propósito de Un Curso de Milagros. Más tarde afirma: "Este es un curso acerca de causas, no de efectos" (T21.VII.7:8). Este no es un curso para cambiar nuestro comportamiento (el efecto), sino cómo pensamos (la causa). (VII.1: 7-8) Es mucho más eficaz que te recuerde que no ejerces suficiente vigilancia con respecto a tus pensamientos. Tal vez pienses a estas alturas que sólo un milagro te capacitaría para hacer eso, lo cual es absolutamente cierto. Esta es una obra de teatro sobre la palabra milagro. El milagro que queremos es algo sobrenatural y externo – el efecto. Jesús, sin embargo, habla sobre el milagro que nos ayuda a reconocer que la mente es la causa. La decisión de la mente de ser culpable es el problema y, por lo tanto, ahí es donde debe resolverse. (VII.1: 9-10) No estás acostumbrado a pensar con una mentalidad milagrosa, pero se te puede enseñar a pensar de esa manera. Todos los obradores de milagros necesitan este tipo de instrucción. Esta instrucción es Un Curso de Milagros, y el pasaje sobre el entrenamiento mental que ahora está al final del Capítulo 1 (T-1.VII.4-5) originalmente vino después de esta declaración. Jesús le dice a Helen, Bill y a todos nosotros que este es un curso de entrenamiento mental para pensar de manera diferente. El trabajo es difícil porque nuestro miedo a la liberación es muy fuerte, y nuestro terror a la luz de la Expiación es muy abrumador. Por eso es paciente con nosotros y por eso este curso es un trabajo de toda la vida. También es necesario que comprendamos nuestra

resistencia a aprenderlo. Hay una parte de nosotros que grita: "No quiero aprender". Y el ego tiene buena razón para esto. Leer este libro y permitir su mensaje significa cambiar nuestras mentes, lo que significa que nuestro ser especial se vería gravemente amenazado. Para proteger este especialismo, empujamos lejos la amenaza percibida: el sistema de pensamiento y el maestro que nos recuerdan que el problema y la solución están solo en la mente.

(VII.2: 1) No puedo permitir que dejes de vigilar a tu mente... La proyección protege la mente, porque la proyección dice que el problema es externo. Con mucho gusto hacemos todo lo posible por aquello que creemos que necesita cambios externos, porque constantemente sumamos dos y dos y obtenemos siete. Nosotros reunimos los "hechos" y pensamos que sabemos la respuesta. Sin embargo, siempre estamos equivocados porque nunca realmente miramos lo que hacemos. Incluso cuando estamos muy seguros de que estamos percibiendo correctamente – y a menudo distorsionamos lo que percibimos – seguimos equivocados porque el problema no está afuera sino en la mente que necesita mantener la culpa intacta y culpar a alguien o algo más por ello.

(VII.2: 1) ... ya que de otro modo no podrías ayudarme. En un nivel, ayudamos a Jesús al enseñar su curso, no con nuestras palabras o comportamiento, sino en cómo somos. Además, no puede ayudarnos a menos que se lo solicitemos. Eso es lo que quiere decir cuando dice más tarde: "... te necesito tanto como tú me necesitas a mí" (T-8.V.6:10). Él no puede acompañarnos en el viaje a menos que nosotros lo invitemos y aceptemos sus lecciones de amor.

(VII.2: 2,4) Obrar milagros requiere el que uno se dé cuenta plenamente del poder de los pensamientos a fin de evitar creaciones

falsas... El obrador de milagros debe poseer un genuino respeto por la verdadera ley de causa y efecto como condición previa para que se produzca el milagro.

Como podemos ver, Jesús sigue enfatizando la importancia del poder de la

mente. La verdadera causa y efecto es que la mente es la causa y el cuerpo

el efecto. Reconocer esto es el requisito previo para el progreso en este

curso y lo que nos establece como obradores de milagros. Este término, por

cierto, se retira con bastante rapidez.

La discusión de causa y efecto continúa, ya que tanto los milagros como el

miedo son tratados aquí como los efectos de su causa – la decisión de la

mente. El factor crucial es el poder de la mente (es decir, la libertad) para

elegir entre los pensamientos del ego y los del Espíritu Santo. Y cuando elegimos uno, el otro desaparece de la conciencia:

(VII.3: 1-3) Tanto el milagro como el miedo proceden de pensamientos.

Si no eres libre de elegir uno, tampoco serás libre de elegir el otro. Al elegir el milagro, rechazas el miedo aunque sólo sea temporalmente.

Por eso es esencial no minimizar el poder de la mente para elegir el miedo,

en lugar de externalizar el miedo y atribuir su causa a una situación externa.

Como hemos visto repetidamente, si a la mente se le niega el poder de elegir el ego y su miedo, entonces también se le niega el poder de elegir el

milagro. Este principio también es válido para deshacer el miedo. Si la solución se coloca en un agente externo a la mente – alguna forma de magia

– ya sea medicina o una persona, incluido Jesús, entonces se niega el poder

de la mente para elegir. Y ahí no hay esperanza. Este tema también se repetirá a lo largo del texto.

(VII.3: 4-9) Te has sentido temeroso de todo el mundo y de todas las cosas. Tienes miedo de Dios, de mí y de ti mismo. No has percibido

erróneamente o creado falsamente, y crees en lo que has fabricado.
No

habrías podido hacer nada de eso si no hubieses tenido miedo de tus propios pensamientos. Los temerosos no pueden sino crear falsamente,

puesto que perciben erróneamente la creación. Cuando creas falsamente no puedes sino sufrir.

La proyección es otra palabra para la creación falsa, así como la extensión

es otra palabra para la creación. La dinámica descrita aquí funciona así:

porque creemos y valoramos nuestra separación, nos sentimos culpables.

Esto inevitablemente nos lleva a proyectarnos en Dios, percibiéndolo erróneamente (o creándolo falsamente) como una deidad vengativa, empeñada en nuestra destrucción. Ya hemos citado la apertura de este pasaje del manual:

... Un padre iracundo persigue a su hijo culpable. Mata o te matarán, pues éstas son las únicas alternativas que tienes. Más allá de ellas no hay ninguna otra, pues lo que pasó es irreversible. La mancha de sangre no se puede quitar y todo el que lleva esta mancha sobre sí está condenado a morir. (M-17.7: 10-13).

Y todo esto es un intento muy mal-adaptativo para deshacernos de nuestra

culpa, el pensamiento que ahora más tememos. Recuerda lo mencionado

anteriormente de que las “defensas dan lugar a lo que quieren defender” (T17.IV.7:1). En el intento de escapar del miedo, nacido de nuestra culpa,

creamos erróneamente un mundo en el que temblamos de terror constantemente para que no nos encontremos con nuestro castigo justificado. Este terror es la fuente de nuestro dolor, del cual no es un verdadero escape a menos que la mente cambie su decisión original del

maestro de la creación errónea/miedo al Maestro de la creación/amor: (VII.3: 10-15) El principio de causa y efecto se convierte ahora en un verdadero catalizador aunque sólo sea temporalmente. En realidad, “Causa” es un término que le corresponde propiamente a Dios, y Su “Efecto” es Su Hijo. Esto supone una serie de relaciones de Causa y Efecto completamente diferentes de las que tú introduces en tus

creaciones falsas. El conflicto fundamental en este mundo es, pues, entre la creación y la creación falsa. Todo miedo está implícito en la segunda, y todo amor en la primera. El conflicto es, por lo tanto, entre el amor y el miedo.

Como siempre, el ego distorsiona la creación de Dios. Como acabo de decir,

la ley del Cielo es Causa y Efecto; Dios es la Primera Causa o Creador, y

Cristo, Su Hijo, Su Efecto creado. El ego gobierna por esta ley también; solo que la usa para ocultar la ley del Cielo. El ego se esconde como la causa del estado del Hijo, haciendo del mundo la causa y el Hijo el efecto.

Y todo el tiempo, la verdadera causa del ego, y, por lo tanto, del Hijo, es el

tomador de decisiones de la mente que se identifica con el pensamiento de

la separación. Para el ego, la Expiación del Espíritu Santo es una gran amenaza, y cuando el Hijo se identifica con el ego, esta amenaza se convierte en la suya. En ese punto se declara la guerra entre el ego y Dios,

entre el miedo y el amor. No hace falta decir que Dios no sabe nada de lo

que nunca sucedió y no puede existir.

(VII.4) Ya hemos dicho que crees que no puedes controlar el miedo porque tú mismo lo inventaste, y tu creencia en él parece ponerlo fuera

de tu control. Sin embargo, todo intento de resolver el error tratando de dominar el miedo es inútil. De hecho, eso no hace más que corroborar su poder, al asumir que necesita ser dominado. La verdadera solución descansa enteramente en alcanzar el dominio por medio del amor. En el interín, no obstante, la sensación de conflicto es inevitable, ya que te has colocado a ti mismo en una posición en la que crees en el poder de algo que no existe.

El sentido de conflicto del ego exige soluciones, todas las cuales sirven para

hacer real la guerra, lo que significa que la separación de Dios nunca se

cuestionará, sino que se aceptará como la verdad. El ego nos aconseja vencer el miedo proyectado, y mientras creamos en el ego, creamos en sus

soluciones. Buscamos dominar el miedo, peleando una batalla donde no está, para así nunca darnos cuenta de que la batalla ni siquiera existe. Una vez que proyectamos el miedo, éste parece estar más allá de nuestro control, y es esta experiencia la que nos causa incluso más pánico, la que lleva a intentos cada vez más desesperados y mal-adaptativos de controlarlo y dominarlo. Estos inevitablemente fallarán, lo que refleja la verdad del principio mencionado dos veces: "las defensas dan lugar a lo que quieren defender" (T-17.IV.7:1). Las defensas simplemente no funcionan, sino que exacerban el problema que están intentando resolver. Finalmente, nos damos cuenta del "camino mejor", de que podemos elegir el amor, el cual es lo que realmente "domina" el miedo, simplemente por su verdad que aleja la ilusión, como ahora leemos:

(VII.5: 1-4) La nada y el todo no pueden coexistir. Creer en uno es negar el otro. El miedo no es nada realmente y el amor lo es todo. Siempre que la luz irrumpe en la oscuridad, la oscuridad desaparece. Este tema luego se transforma en una enseñanza central del Curso: traer la oscuridad de nuestras ilusiones a la luz de la verdad. Dado que siempre es uno u otro – el principio de mentalidad-correcta que “La nada [miedo y oscuridad] y el todo [amor y luz] no pueden coexistir” – cuando traes la oscuridad de la ilusión a la luz de la verdad, solo queda Uno. Este es el corazón del perdón, y la fuente de la capacidad del milagro para sanar.

(VII.5: 5-9) Lo que tú crees, es cierto para ti. En este sentido la separación ha ocurrido, y negarlo sería utilizar incorrectamente la negación. Concentrarse en el error, no obstante, no es más que otro error. El procedimiento correctivo inicial consiste en reconocer temporalmente que hay un problema, mas sólo como señal de que tiene que ser corregido de inmediato. Esto da lugar a un estado mental en el que la Expiación puede ser aceptada sin demora.

Aquí Jesús indica la delgada línea que sus alumnos deben caminar si van a completar el viaje. Es el Escila y Caribdis [Escila y Caribdis son dos monstruos marinos de la mitología griega situados en orillas opuestas de un estrecho canal de agua] del camino espiritual. Por un lado, es importante ser fiel a nuestra experiencia y no negar nuestra existencia separada - "En este sentido, la separación ha ocurrido" - por eso negarlo es "una forma de negación particularmente inútil". Los terapeutas, y Jesús principalmente, nunca animarían a los pacientes a negar sus experiencias, por irreales que puedan ser. Esta es una certera manera de mantenerlas y de asegurarse de que nunca se puedan corregir y deshacer. Por otro lado, existe el peligro de complacer al ego y deleitarse con las experiencias de separación y especialismo. Esto también es una certera manera de mantenerlas y de asegurarse de que nunca se puedan corregir y deshacer. En este sentido, me acuerdo de una analogía que hacía cuando estábamos en nuestro Centro de Conferencias y Retiros en Roscoe, Nueva York. El Centro estaba en un hermoso lago, y algunas veces les decía a los estudiantes que el objetivo era saltar al agua del ego y nadar al otro lado. La tentación, sin embargo, es muy grande, de que una vez que uno está en las aguas del ego, sienta ganas de bucear y explorar con gran interés la vida submarina, olvidando el propósito de cruzar el lago y llegar con seguridad al otro lado. Necesitamos reconocer el sistema de pensamiento del ego por lo que es, pero solo para darnos cuenta de la necesidad de corrección. Esto nos motiva a elegir la paz de Jesús en lugar del conflicto del ego. En ese punto, la

decisión es fácil. Como leeremos en un capítulo posterior: “¿A quién que esté respaldado por el Amor de Dios podría resultarle difícil elegir los milagros y el asesinato? (T-23.IV.9:8). (VII.5: 10-14) Debe señalarse, no obstante, que, en última instancia, no puede haber transigencia alguna entre lo que lo es todo y lo que no es nada. El tiempo es esencialmente un recurso por medio del cual se puede abandonar toda idea de transigencia al respecto. Este proceso parece ser gradual debido únicamente a que el tiempo en sí comprende intervalos que no existen. La creación falsa hizo que esto fuese necesario como recurso de corrección. La aseveración: “Porque tanto amo Dios al mundo que le dio Su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, más tenga vida eterna” necesita solamente una leve corrección para que tenga sentido en este contexto: “Se lo dio a Su unigénito Hijo”.

Esta, nuevamente, es la versión de la mentalidad-correcta del principio central del ego de uno u otro. Desde la perspectiva de Jesús fuera del sueño, no puede haber compromiso entre la verdad y la ilusión; no se puede estar un poco embarazada – no podemos estar un poco dormidos o un poco despiertos. Sin embargo, en el nivel de nuestra experiencia dentro del sueño, estamos involucrados en un proceso temporal en el que parecemos ir y venir entre los dos estados. Y así, el mundo, aunque es inherentemente una ilusión, puede ser utilizado por Jesús como un aula en la que finalmente aprendemos que el mundo no existe. Este reconocimiento es el logro del mundo real, el término del Curso para el final del viaje y la aceptación del principio de Expiación de que la separación nunca sucedió. Un sueño, después de todo, es simplemente un sueño. El mundo real es lo que Dios “nos dio” como corrección para el mundo de separación y muerte del ego.

El pasaje anterior, está derivado de Juan 3:16 y, por lo tanto, no debe

tomarse como una expresión de la creencia de que Dios creó el mundo para

Su Hijo. El significado aquí se hace explícito en el siguiente pasaje que aparece en un capítulo más adelante:

He dicho antes que Dios amó tanto al mundo, que se lo dio a Su Hijo unigénito. Dios ciertamente ama el mundo real y aquellos que perciben la realidad de este no pueden ver el mundo de la muerte, pues la muerte no forma parte del mundo real, en el que todo es un reflejo de lo eterno. Dios te dio el mundo real a cambio del mundo que tú fabricaste como resultado de la división de tu mente, el cual es el símbolo de la muerte. (T-12.III.8:1-4)

El mundo real, para reafirmar esta importante idea, es simplemente el símbolo del Curso para la corrección del Espíritu Santo, el recuerdo del Cielo y nuestro Ser que llevamos con nosotros al sueño de la muerte del ego

cuando nos quedamos dormidos. Volveremos a este tema de los símbolos

más adelante en nuestra sinfonía.

Pasamos ahora al perdón. Apenas se menciona en estos primeros capítulos,

pero se convierte en el foco central de Un Curso de Milagros. Podemos ver

cómo Jesús está sentando las bases para que cuando el perdón se discuta

posteriormente, podamos entender su significado. En otras palabras, el perdón no ocurre entre dos cuerpos, ya que ellos son solo el efecto de la

decisión de la mente de ser culpable (la causa) que luego se proyecta en

nuestras relaciones especiales.

El perdón.

Comenzamos esta sección sobre el perdón con el llamado de Jesús a sus

alumnos. Es una llamada que nos guiará en nuestra práctica diaria e iluminará el viaje que debemos emprender con nuestro nuevo maestro:

(V.5: 1) La única responsabilidad del obrador de milagros es aceptar la Expiación para sí mismo.

Nuestra responsabilidad no es salvar el mundo o enseñar este curso en la

forma, sino solo cambiar nuestras mentes y aceptar la Expiación, cuando antes la habíamos rechazado. Este es el mandato que nos recuerda que cambiemos nuestra atención del mundo y el cuerpo a la mente. De hecho, el perdón es imposible sin esto. Este tema de la Expiación aparece a lo largo del Curso y se puede resumir mediante la simple declaración de que la separación nunca sucedió. Aquí está una de sus primeras formas: (I.4: 1-4) Todo miedo se reduce, en última instancia, a la básica percepción errónea de que tienes la capacidad de usurpar el poder de Dios. Por supuesto, no puedes hacer esto, ni jamás pudiste haberlo hecho. En esto se basa el que puedas escaparte del miedo. Te liberas cuando aceptas la Expiación, lo cual te permite darte cuenta de que en realidad tus errores nunca ocurrieron.

Leemos aquí las buenas noticias que Jesús nos ofrece en Un Curso de Milagros, y dado que la naturaleza de la mente es una, nuestra mente sanada es todas las mentes y llega a aquellos que todavía sueñan con ilusiones: (V.5: 5-6) El mensaje que entonces les comunicas es el hecho irrefutable de que sus mentes son igualmente constructivas y de que sus creaciones falsas no pueden hacerles daño. Al afirmar esto liberas a la mente de la tendencia a exagerar el valor de su propio recurso de aprendizaje, y la restituyes a su verdadero papel de estudiante.

Esto es lo que significa realmente perdonar y aceptar la Expiación para uno mismo. Se nos pide estar con otros de tal manera que reconozcan – incluso si no lo aceptan de inmediato – que hay algo diferente acerca de nosotros: una paz y amor que les dice que pueden hacer la misma elección por la mentalidad-correcta que nosotros hicimos. Nuestras palabras y comportamiento no importan, sino que el mensaje subyacente de la

Presencia amorosa es lo importante, y esto es lo que les habla, llamándolos a mover su enfoque de lo externo – el recurso de aprendizaje de la mente (el cuerpo) – a la mente.

El perdón es el simple reconocimiento de que lo que otros nos hicieron no nos ha hecho daño, lo que demostramos por nuestra indefensión pacífica.

Nuestro comportamiento puede parecer firme e incluso restringir a los demás. Sin embargo, lo único que importa es el contenido. Cuando hay paz dentro de nosotros, el mensaje que damos, nuevamente, es que otros pueden hacer otra elección. Como nosotros ya lo hemos hecho, los demás pueden regresar a la mente y reconocer su decisión equivocada, que ahora pueden corregir. Incluso si no hacen la corrección ahora, ellos sabrán que la elección sigue siendo suya. Cuando elegimos correctamente, la paz de la Expiación en lugar del odio y el conflicto del ego, podemos dar ese mismo mensaje a todos los demás. Una vez más, es no nuestro comportamiento el que enseña, sino la paz que nuestras mentes han elegido. Este es un curso solamente sobre cómo pensar.

El perdón, por lo tanto, es un retorno a la percepción de mentalidad correcta de que el cuerpo – el nuestro o el de otro – no necesita corrección, sino el tomador de decisiones que ciertamente dirige el cuerpo con la mentalidad errada. Jesús dice:

(V.15: 3-16: 6) El perdón es un gesto vacío a menos que conlleve corrección. Sin ella, lo que hace es básicamente juzgar, en vez de sanar.

El perdón que procede de una orientación milagrosa tan sólo ofrece corrección. No posee elementos de juicio en absoluto. La frase “Padre,

perdónalos porque no saben lo que hacen” no evalúa en modo alguno lo

que las personas en cuestión estén haciendo. Es una petición a Dios para que sane sus mentes. En ella no se hace referencia al resultado del

error, pues eso es irrelevante.

El perdón de mentalidad-errada refuerza el sistema de pensamiento de separación del ego, ya que se centra en el cuerpo y en las diferencias que

existen en el nivel de la forma. Esto es lo que se llama perdón-para-destruir

en el folleto El Canto de la Oración (S-2.II), y se describe en varios lugares

en el Curso mismo (por ejemplo, T-30.VI.1-4; L-pl.126.1-7; L-pl.134.1-5).

Sin juicio no se puede pensar en separación, porque el juicio es separación.

La referencia bíblica (Lucas 23:34), debe tomarse metafóricamente – Dios,

por supuesto, no perdona al Hijo que nunca pecó, ni sana lo que no está

enfermo – y refleja el primer principio de los milagros – todas las formas

del error son iguales; lo que necesita el perdón es siempre y únicamente el

único error de la mente de haber tomado una decisión equivocada.

Sin embargo, este es un proceso de aprendizaje. Aunque la palabra proceso

pertenece al mundo ilusorio del tiempo, éste, sigue siendo nuestro mundo

mientras creemos que estamos aquí. Debido a esto, es útil pensar en aprender la Expiación como un proceso que experimentamos con la ayuda

de Jesús:

(II.5) La Expiación se instituyó dentro de la creencia en el tiempo y en el espacio para fijar un límite a la necesidad de la creencia misma, y, en

última instancia, para completar el aprendizaje. La Expiación es la lección final. El aprendizaje en sí, al igual que las aulas donde tiene lugar, es temporal. La capacidad para aprender carece de valor cuando

ya no hay necesidad de cambiar. Los que son eternamente creativos no tienen nada que aprender. Tú puedes aprender a mejorar tus percepciones y puedes convertirte progresivamente en un mejor alumno. De este modo habrá cada vez más armonía entre la creación y tú, pero la Filiación en sí es una creación perfecta y la perfección no tiene grados. El aprendizaje tiene sentido únicamente mientras se crea en diferencias.

La Expiación, aunque parece operar dentro del tiempo, tiene como objetivo

final la abolición del tiempo. Al igual que el papel del milagro que examinamos en el Capítulo 1, la Expiación produce el colapso del tiempo,

cuando de lo contrario se lo habría necesitado para aprender el perdón. Nos

lleva a encontrar el ego de frente en nuestras relaciones y acelerar el perdón

de nuestras proyecciones:

(II.6: 4-10) La Expiación es el medio a través del cual puedes liberarte del pasado a medida que avanzas. La Expiación desvanece los errores que cometiste en el pasado, haciendo de este modo innecesario el que sigas volviendo sobre tus pasos sin avanzar hacia tu retorno. En ese sentido la Expiación ahorra tiempo, pero al igual que el milagro al que sirve, no lo abole. Mientras siga habiendo necesidad de Expiación, seguirá habiendo necesidad de tiempo. Pero la Expiación, en cuanto que plan que ya se ha completado, tiene una relación única con el tiempo. Hasta que la Expiación no se complete, sus diversas fases evolucionarán en el tiempo, pero la Expiación en su totalidad se encuentra al final del tiempo. En ese punto el puente ya se ha construido.

Al ahorrar tiempo, la Expiación borra el pasado que nunca existió realmente, siendo una proyección total del sistema de pensamiento de separación delirante del ego: pecado, culpa y miedo. Mientras nos experimentemos como criaturas de tiempo y espacio, necesitamos corrección dentro de ese marco. Jesús nos encuentra en la condición

en la que pensamos que existimos (T-25.I.7:4), lo que nos lleva a creer que somos nosotros – la persona individual con quienes nos identificamos – los

que están estudiando y practicando sus lecciones de perdón. Sólo cuando nos acercamos al final del viaje, reconocemos que son nuestras mentes tomadoras de decisiones, no espaciales y atemporales, las que constituyen nuestra verdadera identidad dentro del sueño. Así, por fin, podemos elegir la Expiación en lugar de la separación, y recordar nuestro Ser. Más adelante en el capítulo, al discutir el milagro, Jesús repasará esta idea de deshacer nuestra creencia en el tiempo:

(V.11) El milagro elimina la necesidad de tener preocupaciones de rango inferior. Puesto que es un intervalo de tiempo que está fuera de las coordenadas temporales en las que normalmente operamos, las consideraciones normales con respecto al tiempo y al espacio no le afectan. Cuando obres un milagro yo haré los arreglos necesarios para que el tiempo y el espacio se ajusten a él.

En verdad, por supuesto, Jesús no hace tal cosa, porque habla metafóricamente de lo que sucede cuando nos volvemos hacia la mentalidad-correcta y la escuchamos: nuestra perspectiva cambia del mundo lineal/espacial a la mente no-lineal/no-espacial, del plano horizontal

al vertical. En realidad, somos nosotros los que "arreglamos" el tiempo y el espacio cambiando a nuestro maestro.

En la siguiente discusión sobre la Expiación, vemos una descripción del perdón, aunque el término no se utiliza. Se enfoca, como hemos visto, en

mirar más allá de las formas de distracción del ego, el mundo y el cuerpo, a

su fuente: la mente que eligió incorrectamente y que ahora puede elegir de

nuevo. El contexto es el simbolismo religioso de un altar contenido en el

templo. El templo es nuestro verdadero Ser, mientras que el altar – un símbolo importante en Un Curso de Milagros – representa al tomador de

decisiones que elige el ego o el Espíritu Santo:

(III.1: 10-12) La auténtica belleza del templo no puede verse con los ojos físicos. La visión espiritual, por otra parte, al ser una visión perfecta, no puede ver la estructura en absoluto. Puede, no obstante, ver el altar con perfecta claridad.

La visión de Cristo ("visión espiritual") mira más allá del cuerpo (la forma)

a la mente (el contenido). Esto le permite al tomador de decisiones elegir la

integridad en lugar de la fragmentación, a Dios sobre el ego. Volviendo al

tema de las defensas, la Expiación es la única protección verdadera contra

el miedo, ya que nos devuelve el recuerdo de nuestra Identidad como Cristo, el templo en el que habita el Dios viviente del Amor, como ahora

leemos:

(III.2) Para que la eficacia de la Expiación sea perfecta, a ésta le corresponde estar en el centro del altar interior, desde donde subsana la separación y restituye la plenitud de la mente. Antes de la separación

la mente era invulnerable al miedo, ya que el miedo no existía. Tanto la separación como el miedo son creaciones falsas que tienen que deshacerse a fin de que se pueda restaurar el templo y abrir el altar para que reciba la Expiación. Esto supone el fin de la separación, al poner dentro de ti la única defensa eficaz contra todo pensamiento de separación. Haciendo de este modo que seas absolutamente invulnerable.

Al darnos cuenta de que los problemas del mundo se crearon para nunca ser

resueltos, busquemos en otro lado. Jesús nos presta sus ojos mientras nos

conduce gentilmente más allá del error a la corrección de la Expiación.

Nuestros ojos ven las formas, pero nuestras mentes correctas proporcionan

una interpretación diferente: el mundo ya no es un lugar hostil que requiere

nuestras defensas, sino un aula de perdón en la que aprendemos a mirar más

allá de la elección equivocada de la mente y así poder corregir el error:

(III.4) La visión espiritual literalmente no puede ver el error, y busca

simplemente la Expiación. Todas las soluciones que los ojos del cuerpo buscan se desvanecen. La visión espiritual mira hacia adentro e inmediatamente se da cuenta de que el altar ha sido profanado y de que

necesita ser reparado y protegido. Perfectamente consciente de la defensa apropiada, la visión espiritual pasa por alto todas las demás y mira más allá del error hacia la verdad. Debido a la fuerza de su visión, pone a la mente a su servicio. Esto re-establece el poder de la mente y hace que las demoras le resulten cada vez más intolerables al darse cuenta de que lo único que hacen es añadir dolor innecesario. Como resultado de ello, la mente se vuelve cada vez más sensible a lo que antes habría considerado sólo pequeñas molestias.

A medida que reconocemos la verdadera fuente de nuestro dolor, que es la

decisión de la mente por la culpabilidad, nos convertimos en cada vez más

sensibles a nuestro malestar. Imagina un mantel. Cuando está sucio, otra

mancha o dos no hace ninguna diferencia y apenas se notan. Sin embargo,

cuando el mantel está limpio, incluso el más mínimo derrame es perturbador. Así es con nuestros lapsos de ego. Cuando estamos cada vez

más en nuestras mentes correctas, incluso la más mínima punzada de molestia despierta inquietud y sacude nuestra paz, impulsándonos a cambiar

nuestra percepción.

La buena noticia del perdón es que el resultado final nunca está en duda: las

ilusiones no pueden triunfar sobre la verdad; cada niño de Dios volverá a

casa:

(III.3: 1-3,10) El que todos acepten la Expiación es sólo cuestión de tiempo. Tal vez parezca que esto contradice su libre albedrío, dada la inevitabilidad de la decisión final, pero en realidad no es así. Puedes aplazar lo que tienes que hacer y eres capaz de enormes dilaciones, pero no puedes desvincularte completamente de tu Creador, Quien fija los límites y tu capacidad de crear falsamente... Aun así, el desenlace final es tan inevitable como Dios.

Cuando el perdón está completo y la Expiación es aceptada por toda la

Filiación, entramos en la etapa final del viaje, que es la comprensión de mentalidad-correcta del Curso sobre el Juicio Final.

El Juicio Final. El fin del proceso.

Este es otro ejemplo que Jesús tomó de los términos Cristianos tradicionales

y cambió su significado. En lugar de que el Juicio Final sea el castigo final

de Dios sobre Su Hijo – donde algunos son salvados, y otros son condenados – en la reinterpretación de Jesús se convierte en el juicio final

del Hijo sobre el ego, corrigiendo su error original al elegir la verdad sobre

la ilusión :

(VIII.3: 1-6; 4: 1) Por lo general, se considera al Juicio Final como un proceso que Dios emprendió. Pero en realidad son mis hermanos quienes lo emprenderán con mi ayuda. El Juicio Final es la última curación, en vez de un reparto de castigos, por mucho que pienses que los castigos son merecidos. El castigo es un concepto completamente opuesto a la mentalidad recta, y el objetivo del Juicio Final es restituirte la mentalidad recta. Se podría decir que el Juicio Final es un proceso de correcta evaluación. Significa simplemente que todos llegarán por fin a entender qué es lo que tiene valor y qué es lo que no lo tiene... El primer paso hacia la libertad comprende separar lo falso de lo verdadero.

Su llegada debe ser recibida con alegría, no con temor. "Gracias a Dios",

exclamamos, "estábamos equivocados y Dios tenía razón". Jesús ahora explica cómo la proyección es responsable de la asociación del Juicio Final

con el miedo y el castigo:

(VIII.5: 1-3) El término "Juicio Final" asusta no sólo porque ha sido proyectado sobre Dios, sino también por la asociación de la palabra "final" con la muerte. Éste es un ejemplo sobresaliente de la percepción

invertida. Si se examina objetivamente el significado del Juicio Final, queda muy claro que en realidad es el umbral de la vida.

Las palabras de Jesús son así porque juzgamos entre la ilusión de la muerte

y la verdad de la vida eterna. Esto significa que el mundo existe, a través de

nuestra percepción de mentalidad-correcta, con el único propósito de ser un

salón de clases en el que el perdón nos enseña cómo hacer el juicio que

revierte la proyección, devolviendo la fuente de culpa y miedo a la mente.

Como nuestro aprendizaje ocurre natural-mente en el tiempo, la dimensión

percibida de nuestra existencia, Jesús dice:

(VIII.5: 8-11) El único propósito del tiempo es “darte tiempo” para alcanzar ese juicio, el cual no es otra cosa que el juicio perfecto con respecto a tus propias creaciones perfectas. Cuando todo lo que retengas en la memoria sea digno de amor, no habrá ninguna razón para que sigas teniendo miedo. Ése es tu papel en la Expiación.

Nuestra única responsabilidad, nuestra parte en la Expiación, es aceptar que

la separación nunca sucedió. El amor ha sido bienvenido ya que está en su

casa; y donde está el amor, el miedo no tiene lugar. Nuestras mentes amorosas ahora son libres de extenderse a cada uno de los Hijos separados

de Dios, llamándolos al amor que ellos tienen y son. Es una llamada desde

la mente sin tiempo que se experimenta en el mundo del tiempo.

Hay dos pasajes restantes para discutir antes de completar el segundo movimiento en nuestra sinfonía. Ambos son fuentes de consuelo mientras

seguimos nuestro camino de Expiación del perdón, especialmente cuando

nos enfrentamos a las proyecciones de culpa y miedo del ego. El primero

nos asegura que no tenemos que ser perfectos para ayudar a los demás:

(VII.7: 2-6,8-9) Estar listo es sólo el prerrequisito para que se pueda lograr algo. No se debe confundir una cosa con la otra. Tan pronto como se da la condición de estar listo, también se da, en cierta medida,

el deseo de querer lograr algo, si bien éste no es necesariamente un deseo indiviso. Dicha condición de estar listo no es más que el potencial

para que pueda tener lugar un cambio de mentalidad. La confianza no puede desarrollarse plenamente hasta que no se haya alcanzado un dominio total... Estar listo es sólo el comienzo de la confianza. Tal vez pienses que esto implica que tiene que transcurrir mucho tiempo entre el momento en que estás listo y aquel en el que alcanzas el dominio, pero permíteme recordarte que el tiempo y el espacio están bajo mi control.

Una vez más, el tiempo y el espacio no están realmente bajo el control de

Jesús. Él simplemente representa a nuestra elección de la mentalidad correcta, que ponen nuestras experiencias aquí bajo el control de la mente.

Como la mente está fuera del tiempo y el espacio, nosotros, como criaturas

del tiempo y el espacio, no podemos evaluar adecuadamente nuestra disposición a ser útiles. Es por eso que, más adelante, Jesús nos dice:

"No te

pongas a ti mismo a cargo de esto [el plan de Expiación], porque no puedes

distinguir entre lo que es un avance y lo que es un retroceso. Has considerado algunos de tus mayores avances como fracasos, y has evaluado

algunos de tus peores retrocesos como grandes triunfos" (T-18.V.1:5-6).

Podemos estar listos para ser estudiantes del curso de Jesús, sin haber dominado sus lecciones de perdón. En efecto, si lo hiciéramos, no necesitaríamos Un Curso de Milagros en absoluto. Por cierto, este punto es

tan importante, que es repetido en el manual para el maestro: "Estar dispuesto, como lo indica el texto, no quiere decir que se haya alcanzado la

maestría" (M-4.IX.1:10).

El segundo pasaje es a lo que Helen, Bill y yo nos referimos como la Oración para la Salvación. Originalmente fue parte de un mensaje específico para Bill que llegó un poco más tarde en el dictado. El mensaje

mismo, como con todas las comunicaciones personales similares, no pertenecía a la versión publicada del Curso según las instrucciones de Jesús,

pero esta oración de cierre ciertamente fue publicada:

(V.18) Puedes hacer mucho en favor de tu propia curación y la de los demás si en situaciones en las que se requiere tu ayuda piensas de la siguiente manera:

Estoy aquí únicamente para ser útil. Estoy aquí en representación de Aquel que me envió. No tengo que preocuparme por lo que debo decir ni por lo que debo hacer, pues Aquel Que me envió me guiará. Me siento satisfecho de estar dondequiera que Él desee, porque sé que Él estará allí conmigo. Sanaré a medida que le permita enseñarme a sanar.

Es útil recordar esta hermosa oración a medida que avanzamos en nuestro

día, tentados a olvidar que el único propósito de cualquier relación o situación en la que nos encontremos es nuestra propia curación. Solo entonces podemos ser instrumentos de curación para los demás. A medida

que aprendemos de Jesús (en el mensaje original Aquel que "nos envió" es

Cristo) a percibir intereses compartidos en lugar de separados, nuestra inversión en el sistema de pensamiento de separación y ataque del ego

disminuye, y así estaremos en mejores condiciones para escuchar la Voz

que habla solo de perdón y amor. No necesitamos preguntar qué decir o

hacer, porque lo sabríamos. De esa manera nos convertimos en manifestaciones de Jesús en el mundo, como él era la del Espíritu Santo (cf.

C-6.1:1; 5:1-4). Así se completa la curación del Hijo de Dios, y la Voz que

habla por esta curación ahora guía nuestros pensamientos, palabras y acciones.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.